

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
PSICOLOGÍA CLÍNICA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
PSICÓLOGA CLÍNICA

EL CUTTING EN LA ADOLESCENCIA O LA TRANSFORMACIÓN
DE UN CUERPO TRANSFORMADO

Estudio realizado a partir de la teoría psicoanalítica.

JASMINE GEOVANNA CARRILLO VITERI

Directora: Mtr. Daniela Salomé Castro Falconí

Quito, 2023

Contenido

Resumen	iv
Abstract	v
Introducción	vi
CAPÍTULO 1: LA RELACIÓN CON EL CUERPO EN LA ADOLESCENCIA	8
<i>1.1. Definición de adolescencia</i>	<i>8</i>
<i>1.1.1. Características de la adolescencia</i>	<i>8</i>
<i>1.2. El significado del cuerpo en la adolescencia</i>	<i>9</i>
<i>1.2.1. La sexualidad infantil y sus transformaciones en la adolescencia</i>	<i>16</i>
<i>1.2.2. La reorganización de las primeras inscripciones.....</i>	<i>18</i>
<i>1.2.3. El narcisismo en jaque</i>	<i>22</i>
<i>1.2.4. Los ideales.....</i>	<i>25</i>
CAPÍTULO 2: EL SENTIDO Y ASOCIACIÓN DEL CUTTING CON LA ADOLESCENCIA	28
<i>2.1. El sentido del cutting con la adolescencia</i>	<i>28</i>
<i>2.2. La asociación del cutting con la adolescencia.....</i>	<i>33</i>
<i>2.2.1. Pacificación de estados de angustia</i>	<i>33</i>
<i>2.2.2. Intento de separación y/o diferenciación</i>	<i>35</i>
<i>2.2.3. Mensaje dirigido al Otro a través de un acting out.....</i>	<i>39</i>
<i>2.2.4. Vía de satisfacción de la pulsión de muerte</i>	<i>40</i>
<i>2.2.5. Modo de apropiación del cuerpo.....</i>	<i>41</i>
CAPÍTULO 3: LA INTEGRACIÓN PSÍQUICA EN LA ADOLESCENCIA	44
<i>3.1. El surgimiento de la integración psíquica en la adolescencia</i>	<i>44</i>
<i>3.2. La integración psíquica con relación al cutting</i>	<i>55</i>
CONCLUSIONES	60
RECOMENDACIONES	68

BIBLIOGRAFÍA 70

Tiempos de crisis

Es un proceso que no es sin lágrimas,

Sin desgarros

Y a veces sin sangre.

E. Fernández- Algo es posible

Resumen

El siguiente trabajo teórico está dirigido a comprender diferentes aspectos y conceptos que permitan analizar la relación entre el significado del cuerpo y la práctica del cutting en la adolescencia. Para cumplir con este fin, primero se realiza la revisión bibliográfica a partir de un enfoque psicoanalítico en relación a la adolescencia y en relación a la significación del cutting en el cuerpo. También se revisó fuentes acerca de la adolescencia para poder definir este término y conocer la relación que tiene con el cutting. Además, se investigó acerca de la formación de la identidad en la adolescencia y como se relacionan las conductas autolesivas con la misma. En base a la teoría revisada se busca responde a la interrogante ¿Por qué el o la adolescente decide autolesionarse cortándose su cuerpo?

Palabras clave: Significado del cuerpo, cutting, identidad, adolescencia, enfoque psicoanalítico, conductas autolesivas

Abstract

The following theoretical work aims to understand different aspects and concepts that allow for the analysis of the relationship between the meaning of the body and the practice of cutting in adolescence. To achieve this goal, a literature review is first conducted from a psychoanalytic approach regarding adolescence and the significance of cutting on the body. Sources on adolescence were also reviewed to define this term and understand its relationship with cutting. Additionally, research was conducted on identity formation in adolescence and how self-harming behaviors are related to it. Based on the reviewed theory, the question of why adolescents decide to self-injure by cutting their bodies?

Keywords: Meaning of the body, cutting, identity, adolescence, psychoanalytic approach, self-harming behaviors.

Introducción

Hablar de autolesiones y específicamente del cutting en la adolescencia es un reto, ya que surge la siguiente pregunta ¿Por qué el o la adolescente decide autolesionarse cortándose su cuerpo? Una pregunta que suele surgir dentro del análisis clínico cuando llegan este tipo de pacientes que refieren una serie de angustias y vicisitudes inherentes a su adolescencia. Lo que se identifica es que están sufriendo. La práctica del cutting es cómo “un grito mudo” que alude a una paradoja, especialmente porque genera muchas preguntas; ¿Qué hay detrás? ¿Qué es lo que sienten? ¿Cómo lo sienten? ¿Por qué el contacto con su dolor lo expresan a través del cuerpo? La investigación propuesta, sigue la lógica de la lectura clínica, además de comprender el sentido que tiene el cutting para los adolescentes y sus asociaciones o componentes.

Por esto es importante definir al cutting o self injury que se refiere a la automutilación o corte en la piel. Así mismo, es una práctica habitual en los adolescentes, la cual ha sido utilizada como mecanismo para afrontar el sufrimiento y a modo de construcción de identidad. Además, podemos decir que esta práctica va en aumento, ya que según la Junta de Bienestar de Guayaquil, en el año 2016 de cada 10 adolescentes ingresados en el instituto de Neurociencias, 5 presentan síndrome de cutting. Por otro lado, según la ASS (la Administración del Seguro Social) a raíz de la pandemia el porcentaje de casos de cutting en la adolescencia se elevó un 12% en México. Por esto, la investigación será un aporte a la comprensión sobre el cutting, la relación con el cuerpo y las vivencias en la adolescencia.

Esta disertación, sigue una línea de investigación teórica donde se realiza una recopilación teórica de fuentes bibliográficas académicas relacionadas con análisis de la relación del significado del cuerpo y la práctica del cutting en la adolescencia. Se busca identificar el sentido del cuerpo en la adolescencia. También se revisa fuentes acerca de la

adolescencia para poder definir este término y conocer la relación que tiene con el cutting. Además, se investiga acerca de la formación de la identidad en la adolescencia y como se relaciona las conductas autolesivas con la misma. El trabajo se desarrolla desde el enfoque psicoanalítico, tomando en cuenta autores como Beatriz Janin, Jacques Lacan y Maura Manca.

En el primer capítulo se identifica el significado del cuerpo en la adolescencia, exponiendo las diferentes concepciones de los autores mencionados, porque cada autor expone a la adolescencia desde su propia práctica. Se definiré a la adolescencia y se da a conocer los cambios físicos y mentales por los que pasa el adolescente durante esta etapa de vida. En el segundo capítulo se plantea la conceptualización del sentido del cutting en la adolescencia, es decir ¿para qué? ¿por qué? el cutting en la adolescencia. Se expone las diversas significaciones que pueden dar lugar al cutting. Por último, en el tercer capítulo se aborda el cómo se reconstruye la integración psíquica a partir del cutting en la adolescencia. Finalmente, se analiza y discute acerca de los puntos relevantes de la investigación, permitiendo comprender de mejor manera y responder a la pregunta de investigación planteada en este trabajo de titulación.

CAPÍTULO 1: LA RELACIÓN CON EL CUERPO EN LA ADOLESCENCIA

1.1. Definición de adolescencia

“La adolescencia se caracteriza por ser un momento de separación de los padres y armado de una historia propia” (Janin, 2012, pág. 18). Entonces podemos decir que la adolescencia supone varias transformaciones, además que en esta etapa se tramitan varios duelos que produce tristeza por lo perdido y angustia frente a la incertidumbre de lo nuevo.

Para Blos (1993) la adolescencia representa un segundo proceso de individuación, continuando ideas de Mahler, que plantea el primer proceso de individuación hacia los 3 años, a partir de la separación del yo-no yo y el self del objeto (Mahler, 1968). Entonces podemos decir que esta segunda individuación es un proceso y es un logro, que a lo largo del trayecto existe un colapso pasajero que tiene a una reconstrucción final de funciones y organización yoica.

La adolescencia es una fase de mutación. Es tan capital para el adolescente confirmado como el nacimiento y los primeros quince días de su vida lo son para el niño pequeño. El nacimiento es una mutación que permite dar el paso del feto al niño de pecho y su adaptación al aire y a la digestión. El adolescente, por su parte pasa por una muda respecto de la cual nada puede decir (Dolto, 1990, pág. 11).

1.1.1. Características de la adolescencia

Los cambios psicológicos que se producen en este período y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo. Ello sólo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo de niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia.

Además, hay que tomar en cuenta los cambios físicos (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 15).

Palacios (2019) menciona que el paso de la niñez a la adolescencia va a ser distinto para las mujeres y hombre. Por ejemplo, En la pubertad en las mujeres es inicio de la menarquia, les crecen las mamas, se les ensanchan las caderas, se redistribuye la grasa corporal, crecimiento de vello púbico y axilar, aumento de estatura y aumento de sudoración, olor corporal fuerte, cambios en la piel y acné. Por otro lado, el inicio de la pubertad para los hombres es el crecimiento de los testículos, y alargamiento del pene, con esto ocurre las primeras poluciones que dan lugar a las primeras erecciones, también les crece vello corporal, cambio de voz, aumento de estatura, aumento de sudoración, olor corporal fuerte, cambios en la piel y acné.

1.2. El significado del cuerpo en la adolescencia

En nuestra sociedad, los jóvenes no reciben ayuda porque no tenemos el equivalente de los ritos de iniciación que antaño marcaban esta época de ruptura. Las pruebas colectivas eran impuestas a niños de la misma edad, pero que no estaban todos igualmente maduros para produjeran un efecto mutante en ellos. Sin embargo, “era un acontecimiento que marcaba, y la sociedad les consideraba entronizados, es decir, que habían superado la iniciación que permite convertirse en adolescente a partir de dicho paso” (Dolto, 1990, pág. 17).

Los adolescentes de hoy en día no sienten que los adultos les conceden el derecho de ser adolescentes. Los ritos ayudan de cierto modo a que los jóvenes se sientan ayudados y acompañados, y al no tener esto. Se ven obligados a conseguir este derecho por sí solos. Lo cual les exige de alguna manera una conducta de riesgo. Pero el hecho trascendental que

indica la ruptura con el estado de la infancia es la posibilidad de disociar la vida imaginaria de la real. Es decir, el sueño de las relaciones reales.

Otro punto importante es lo que menciona Dolto; “la primera vida imaginaria que se inicia a los tres-cuatro años, pone la mira en las personas del grupo próximo al niño, es decir, el padre, la madre, hermanos y hermanas, y el entorno familiar íntimo” (Dolto, 1990, pág. 18). El niño está inmerso en la dinámica familiar, lo que le lleva a relacionarse con el mundo externo mediante las opiniones de sus padres; directamente, no tiene interés a menos que ocurran desastres naturales, guerras o invasiones, en este sentido el niño queda preso, al igual que los padres. En una sociedad relativamente estable, la visión del niño tiene exterior queda obstruida por el interés por la familia y el modo que esta reacciona ante las situaciones de la sociedad. Los niños piensan lo mismo que sus padres, cuando los padres discrepan, el niño presenta dificultades para pensar por su cuenta, estas dificultades se mantendrán en silencio hasta los once años.

“Pero, a esa edad, estallará el problema latente: en su segunda vida imaginaria, los temas de interés que encuentra fuera del campo familiar y que debería prepararle para la vida real siguen teniendo a los padres como referencia” (Dolto, 1990, pág. 19). Los conflictos de relación trastornan la vida imaginaria de un niño entre los nueve y once años, los efectos solo salen a relucir hasta los once años. A los once años todavía tiene dificultad en distinguir la realidad de lo imaginario. “Pero, si todo ha ido bien, si no ha habido desgarró familiar, en su segundo mundo imaginario el niño ya no necesitará tomar sus modelos intramuros de la familia” (Dolto, 1990, pág. 19).

Esto ocurre antes de la eclosión de la pubertad en un umbral de lo imaginario más allá de la familia en el mundo exterior. Es decir, cuando llega a la adolescencia el mundo imaginario externo provocará, le hará decir que quiere salir, quiere probarse a sí mismo, en

tanto discrimine entre lo imaginario de lo real. Es aquí donde buscara unirse a sus pares, queriendo pertenecer a grupos de los que se ha imaginado muchas irrealidades. Pero, al mismo tiempo existen, porque se habla de ellos.

Janin (2013) afirma que en la adolescencia se pasa por cuatro procesos; la elaboración de los duelos por el cuerpo perdido, por los padres de la infancia y por la omnipotencia infantil. La irrupción de los deseos incestuosos, continuando con las ideas de Gutton, que plantea que dicha irrupción de lo primitivo lo lleva a plantear la pubertad como una especie de “locura” momentánea (Gutton, 1993). También afirma que existe tambaleo de los sostenes narcisistas infantiles (angustia de separación). Por último, segunda oportunidad de subjetivación, lo que implica reestructurar lo ya inscrito. Además, en la adolescencia se debe pasar por todas las características antes mencionadas, que implica hacerse cargo de las nuevas exigencias internas y externas. Al mismo tiempo los padres tienen que aceptar ese “segundo proceso de separación e individuación (Blos, 1991).

En este período fluctúa entre una dependencia y una independencia extremas y sólo la madurez le permitirá más tarde aceptar ser independiente dentro de un marco de necesaria dependencia. Pero, al comienzo, se moverá entre el impulso al desprendimiento y la defensa que impone el temor a la pérdida de lo conocido (Aberastury & Knobel, 1988, págs. 15-16).

Los primeros objetos, suponen ponen funcionar como protectores, pasan a ser aquellos de los que hay que separarse porque corren el riesgo de quedar entrelazados incestuosamente, la adolescencia suele tener un componente de riesgo. En este sentido quizás todos, en la adolescencia, vivimos situaciones que nos exponen a riesgos.

Janin (2011) aclara que por lo general son riesgos momentáneos, no siempre implican una desestructuración psíquica (aunque siempre hay algo que se “desestructura” y se

reestructura) ni adicciones (aun cuando el enamoramiento adolescente tenga algo de “adictivo”) ni actuaciones violentas (pese que todo adolescente tenga cierta tendencia a la acción impulsiva) ni intentos de suicidio (a pesar que todo adolescente fantasee en algún momento con la muerte).

Es decir, existen riesgos inevitables antes de la salida al mundo, suelen ser posibilitadores de transformación, los cuales implican el pasaje a los cambios. Existen situaciones o vivencias que se reactualizan y se reorganizan, a esto Janin (2011) se refiere como; “barajar y dar de nuevo”, es decir, implica armar y desarmar algo ya inscrito. La reestructuración representacional que se da frente a las exigencias pulsionales y el contexto al que el adolescente se vea enfrentado, lleva a la posibilidad de desestructuración. En este sentido Janin (2011) menciona que la reorganización que tiene que ver con las idas y venidas, dan lugar a la fractura interna y a su vez tendrá relación con el modo en que la organización psíquica que se haya producido y cuán preparado esté para soportar los debates internos-externos. Por otro lado, Aberastury & Knobel (1999) menciona que, al comienzo, estas pulsiones y exigencias se moverán entre el impulso al desprendimiento y la defensa que teme la pérdida de lo conocido.

En relación a las actuaciones violentas; “los adolescentes suelen llevar a la acción aquello que un niño puede fantasear” (Janin, 2011, pág. 2). Habitualmente existe la tendencia de actuar sin reflexionar, lo cual lleva necesariamente a ponerlos en situaciones de riesgo. “La acción puede ayudar a enfrentar los conflictos internos; sin embargo, el recurso a la acción puede significar al mismo tiempo un impulso hacia la activación de conductas peligrosas tanto para el sujeto como para su entorno” (Manca, 2011, pág. 77).

Por otra parte, la “violencia” también puede ser el modo en que alguien sienta que existe, se pertenece, que es alguien. Logrando así un lugar en el mundo, entendiéndose como el momento en que el adolescente no sabe quién es, además que está atravesado por el contexto

social donde ya no es un niño, pero tampoco puede ocupar el lugar de los adultos. Además, que la adolescencia supone un momento vital en donde el sentirse inmortal; el peligro toma otra dimensión, idealizándose a su vez como héroe. Las sensaciones se sienten a flor de piel y las historias pasadas se reorganizan en nuevas configuraciones representacionales.

Hay que tener en cuenta que, muchas veces, lo que predomina como base de todo esto, es una depresión acompañada de angustia. Dolor por la imagen, el lugar y los padres perdidos y angustia por no saber quién se es, por no reconocerse en ningún espejo (Janin, 2013, pág. 19).

En esta etapa las pulsiones se vuelven difíciles de integrar, la propia imagen que sufre cambios constantes, la insistencia de los deseos incestuosos sale a relucir. “Un cuerpo que no puede ser dominado, que implica exigencias difíciles de satisfacer y una identidad que estalla en mil pedazos” (Janin, 2013, pág. 19). Entonces, para el adolescente se vuelve un cuerpo desconocido, que no sabe cómo manejar, y todo lo que antes conocía es ajeno a él.

Es un período de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso, caracterizado por fricciones con el medio familiar y social. Este cuadro es frecuentemente confundido con crisis y estados patológicos (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 16).

La adolescencia entonces permite una regresión pulsional que es más que defensiva, lo que podemos decir que, en esta etapa del desarrollo, dicha regresión se vuelve en parte adaptativa. Tal como lo menciona Blos en su texto *Psicoanálisis de la adolescencia*. Es a través de ella que se opera esta segunda oportunidad, para resolver situaciones abrumadoras de peligro que aún se mantienen desde la infancia (Blos, 1971). Partiendo de esto entonces podemos decir que dicha regresión está al servicio del desarrollo: se regresa a lo infantil con más recursos yoicos y estable que el niño. De esta manera, y a diferencia del niño, el adolescente posee, junto a la gratificación pulsional y yoica, un Yo-observador que está

ligado a la realidad que se mantiene intacto, lo que responde a la reestructuración de los conflictos y fijación pendiente. Blos (1993) menciona que, al garantizar el mantenimiento de esta ligazón permanente con la realidad, se desvanece el peligro de caer en una regresión patológica.

“El cometido del Yo es antes que nada patentizar la capacidad de tolerar y sostener lo conflictivo, resolviendo todo aquello pendiente desde la niñez” (Blos, 1981). Además, la historia o el contexto en el que se haya desarrollado el adolescente darán cuenta de la posibilidad de debelar lo que ocurra. La niñez que hace parte de un proceso irreversible se debe “completar” y “cerrar”. El sentido del desarrollo implica que la adolescencia debe cumplir cabalmente el logro de esta segunda oportunidad de integración psíquica. Por tanto, Blos (1981) señala que la adolescencia no puede integrar una etapa evolutiva inconclusa, pues su fin debería responder a la ley epigenética del desarrollo, así como los otros períodos de la niñez, también la adolescencia pierde su impulso evolutivo, no depende del cumplimiento de las tareas o desafíos propios de ella. El término de la adolescencia se lleva a término en un momento determinado, ya que parece ser una ley del desarrollo donde los puntos de fijación de una etapa, trasladados a la siguiente, denotan el desempeño del Yo para armonizar las sensibilidades, vulnerabilidades e idealizaciones que conforman la esencia del self de cada individuo. “En este sentido podemos decir, citando a Wordsworth que “el niño es el padre del hombre” (Blos, 1981, pág. 401)

Tomando en cuenta que la realidad sociocultural a la que se enfrenta el adolescente, de esta forma se puede afirmar que es un punto determinante para la etapa de desarrollo. Esta época de vida el contexto social tiene más importancia. Entendiendo entonces que no todo adolescente logra pasar las situaciones de pasaje a la transformación y cambio sin resultar terremotos insoportables. Por tanto, dejen fracturas, marcas en la piel y lleven mucho tiempo reconstruir. Aulagnier (1984/2003) menciona que el estado infantil accede al Yo para que

pueda diferir un conjunto de decisiones, actos, encuentros, que exige modificar la relación con la temporalidad, la sexualidad, la realidad. En tanto se mantenga en la infancia, las defensas instaladas, que en ocasiones pueden señalar presencia de una potencialidad psicótica, se anudan a la relación con la realidad, donde deja en la sombra una parte de sus constreñimientos, de sus prohibiciones, pero también una parte de sus ofrecimientos. Es decir, la adolescencia de cierta forma exige, convoca a resoluciones y a pruebas que llevan a la irrupción de aquello que en la infancia permaneció encubierto. En la niñez esto se puede sustituir con defensas, el sostén de los adultos sus carencias internas y sus dificultades para establecer vínculos con el mundo. Para el adolescente esto resulta imposible. Las defensas suelen ser insuficientes frente a las pulsiones y a la vez los otros se transforman en fuente de exigencia. Además, los primeros objetos, que funcionan como protectores, pasan a ser aquellos de los que hay que separarse a riesgo de quedar apresado en lazos incestuosos. En este sentido entonces parece necesarios, los recursos internos, el camino transitado, la historia representacional y el contexto social, son posibilitadores de proyectos e ideales. Todo adolescente se enfrenta a una tarea difícil, y llegar a esta etapa no es insignificante, especialmente cuando se trata de flexibilidad mental. Como en el caso de un terremoto, es esencial que los edificios tengan una base que resista el movimiento. “Así también un niño tiene que llegar a la adolescencia con movilidad en sus defensas y con vías sublimatorias como para sobrellevar este sismo” (Janin, 2011, pág. 4). En este sentido, aparecen dificultades para realizar la tarea de apropiación de su propia subjetividad, surgiendo así una doble coacción de la pulsión y del objeto.

Los adolescentes quedan desbordados frente a las exigencias del mundo externo y las de su propio mundo pulsional. La actividad representativa suele no ser suficiente para integrar esas demandas y el adolescente suele ser alguien diferente

cada día, tener opiniones contrapuestas, fluctuar entre posiciones disímiles (Janin, 2013, pág. 19).

Frente a esto, la mayoría de los adolescentes pelean o se enfrentan. Pero hay adolescentes que presentan dificultades a la hora de enfrentarse al pasaje por la adolescencia, al dolor de las pérdidas e incertidumbres del futuro, renuncian a la pelea. “Estos cambios, en los que pierde su identidad de niño, implican la búsqueda de una nueva identidad que se va construyendo en un plano consciente e inconsciente” (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 16). Janin (2013) señala una de las tareas fundamentales del pasaje por la adolescencia es lograr escribir su propia historia, sublimar sus pulsiones y desplegar el mundo fantasioso. Teniendo en cuenta que en la adolescencia el grupo de pares pasa a ser el medidor entre la situación infantil endogámica, el hallazgo de objeto y el desasimiento de las figuras de los padres, en este sentido cada grupo tiene su propio lenguaje, su propio vínculo corporal, tipo de ideales y de vida pulsional predominante. Es decir, “Es un conjunto en el que rige una lógica interna que los articula a todos. Y funciona como un reaseguro narcisista, como un modo de ser alguien, a la vez que permite una investidura homosexual sublimada de los vínculos” (Janin, 2013, págs. 19-20).

Por último, el pensamiento secundario, tienen un lugar privilegiado. Le permite tener la capacidad de diferenciar y mentalizar; generación, utilización y apropiación de sus ideas, le permiten reconocerse, haciendo notar la pequeña autonomía, frente a la actuación. Además, un pensamiento donde la fantasía tenga lugar, la irrupción de lo primario sea incorporada sin ocupar todo el espacio psíquico. Facilitando así el proceso adolescente.

1.2.1. La sexualidad infantil y sus transformaciones en la adolescencia

“La época difícil es el momento de la preparación de la primera experiencia amorosa” (Dolto, 1990, pág. 16). Es decir, el púber siente que hay riesgo, lo desea y lo teme al mismo tiempo, además, el riesgo del primer amor representa la experiencia de la muerte de la

infancia. La muerte de la época arrastra y aniquila, construyendo así, el verdadero peligro del punto de paso, obligándolo a inaugurar su dimensión de “adulto” responsable y actos irreversibles. Tras la crisis llamada edípica que opone al muchacho perdidamente enamorado de su madre, a su rival; el padre, en quien ve en el mejor de los casos, un motivo de admiración, los fuegos se apagan, y el niño llega a la edad que nosotros llamamos “latencia”. Sabiendo que no es más que niño, se resigna a esperar el futuro (Dolto, 1990, pág. 17). Es decir, entiende que dentro de la familia no puede encontrar su objeto de amor. Pero, hay que entender que el adolescente no tiene aún vida sexual, si no es través de la imaginación. “Con muchas frecuencias, penetran en un falso nivel expansivo de sexualidad, que depende de lo imaginario: la masturbación” (Dolto, 1990, pág. 14).

En este sentido, se puede decir que existe marcas de la sexualidad y marcas identificativas, es decir, marcas de prohibiciones e ideales. Los adolescentes pueden ser vistos como personas que cuestionan todo lo interiorizado en la primera infancia, especialmente la sexualidad. La sexualidad y la violencia en la adolescencia siguen íntimamente ligadas, ya que la sexualización de las relaciones con el entorno familiar puede reactivar fantasías incestuosas.

“Un riesgo posible es la confusión entre sexualidad e incesto, con una sexualización de todos los lazos” (Janin, 2011, pág. 6). Los vínculos se dificultan, ya que todo queda teñido por una sexualidad perturbante. Entonces implica el hecho de pelearse consigo mismo, luchar contra los deseos.

El adolescente tiene que desplegar sus deseos sexuales sin quedar atrapado en el vínculo con sus padres. Y debe estar abierto a nuevas sensaciones, emociones y sentimientos, pero suele desconectarse de los sentimientos y buscar en las sensaciones un anclaje, un sentirse existiendo, siendo alguien. Esto lo puede llevar a acciones riesgosas, a búsqueda de estímulos fuertes (Janin, 2011, págs. 6-7).

Janin (2011) menciona que “Se deben “matar” a los padres infantiles, sin matarlos. Es decir, los padres deben dejar de ser esos padres omnipotentes de la infancia. Pero es fundamental que sigan estando y que planteen un espacio de confrontación posible. Predomina el terror a la dependencia, esto sucede mientras el adolescente se siente frágil y al mismo tiempo sus sostenes narcisistas tambalean. Por tanto, fluctúan muchas veces entre enamoramientos en los que la fusión es absoluta y al mismo tiempo sienten temor a quedar encerrados en una relación incestuosa. Así como en la niñez la fantasía de la muerte está presente. En la adolescencia está presente la idea del asesinato. Incluso esto está presente en los adolescentes que su crecimiento de la pubertad no ha presentado grandes crisis. Entendiendo entonces que en ocasiones deban afrontar problemas agudos de manejo, porque crecer significa ocupar el lugar de los padres. “En la fantasía inconsciente, crecer es intrínsecamente un acto agresivo. Y el niño tiene ahora otro tamaño” (D. W. Winnicott, 2004, pág. 182).

Los padres, frente a los adolescentes, lo que deben hacer es sobrevivir. Esto es muy importante, porque muchas los padres deciden declinar su lugar, se ubican como inertes, como “muertos” frente a la embestida que suele ser el proceso adolescente. El adolescente puede quedar atrapado en situaciones de culpa extrema, entrando así en desborde violentos, para que el otro cobre vida.

1.2.2. La reorganización de las primeras inscripciones

Tomando en cuenta que la reorganización representacional es un tema fundamental y que tiene relación con las inscripciones primordiales. Así, Beatriz Janin menciona que según Piera Aulagnier (1984-2007) y los dos pictogramas primordiales, se puede afirmar el predominio del pictograma del rechazo, representaría el rechazo a sí mismo y el predominio del pictograma de fusión. No se expresan directamente, pero son el fondo sobre el cual la “movida” adolescente irrumpe y se despliegan las pasiones. “La prevalencia del pictograma

de rechazo puede llevar a un “no querer desear, a un rechazo a todo deseo, en tanto quiebra el único deseo posible: que nada cambie, que todo se mantenga idéntico así mismo” (Janin, 2011, pág. 11). Además, “la pérdida que debe aceptar el adolescente al hacer el duelo por el cuerpo es doble: la de su cuerpo de niño cuando los caracteres sexuales secundarios lo ponen ante la evidencia de su nuevo status” (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 16).

Frente al estallido pulsional desbordante, el adolescente que de cierta forma no sabe cómo manejar su alboroto interno, anudado a esto su cuerpo cambiante, sus identificaciones; propias y ajenas a la vez. Esto le lleva a crear familias sustitutas, armar novelas e incluso nuevas pieles. Lo que le lleva a intentar expulsar de sí mismo el dolor, la pasión y toda identificación que le recuerde aquello de lo que se quiere identificar. Si hablamos de los pictogramas

Las inscripciones sensoriales que están ligadas al placer o al displacer, significadas o no. Otro tipo de inscripciones, que remiten al vacío que representa a la irrupción de lo no dicho, a la marca de lo que rompe las tramas. Teniendo en cuenta que dependiendo como cada escena se vayan armando. Así también las marcas se irán articulando. Entonces, en la adolescencia las marcas no traducidas, las sensaciones y desarrollos de afecto tempranos insistirán y tomarán nuevas formas. Es decir, lo que no fue puesto en palabras, aquella irrupción de la sexualidad adulta que el niño registró, pero no pudo ser tramitada ni traducida. “Las marcas de las pasiones de los otros, indicios de sus deseos sexuales y hostiles, que lo dejaron en un estado a veces deseante, a veces de excitación ni siquiera pasible de ser traducida en fantasías, deja marcas” (Janin, 2011, pág. 12).

Marcas que en la adolescencia pueden convertirse en acciones, adicciones, pura descarga de lo no tramitado, o en inhibiciones y prohibiciones. Es decir, son huellas en representación de lo que permanece de sí mismo, pero está enterrado. “Esa especie de cuerpo muerto que se mantuvo durante años, intocable, al reactualizarse los deseos incestuosos, al

costrar otra dimensión las sensaciones y reorganizarse el mundo fantasmático, puede reaparecer en una dimensión trágica” (Janin, 2011, pág. 12). Entonces el adolescente siente miedo frente a esta reorganización y además le causa incomodidad.

“Tanto las modificaciones corporales incontrolables como los imperativos del mundo externo que exigen del adolescente nuevas pautas de convivencia son vividos al principio como una invasión” (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 16). Esto los lleva a retener o usar como defensa, muchos de sus logros de la infancia, en este sentido también coexiste el placer y afán de tener o alcanzar un nuevo status.

Además, irrumpe en la adolescencia de manera que se vuelve la dimensión de lo mortífero en el entreverso de la sexualidad y muerte. Cabe la posibilidad de que eso enigmático, lo no traducido, se pueda retomar y se le otorgue nuevo sentido, mediante las vivencias de la adolescencia le da forma. Las marcas de la infancia abren nuevas posibilidades. Es decir, da lugar a movimientos transformadores, que le ayudan al adolescente a construir recorridos deseante, logrando así abrirse paso por el mundo y volviéndose precursor y hacedor de su propia historia. “Las inscripciones primordiales dieron lugar a sucesivas traducciones, ya sea en forma de fantasías o de pensamientos, y permitieron construir recorridos deseante, ese adolescente va a poder sostener proyectos” (Janin, 2011, pág. 13). “También lo conduce a un refugio en su mundo interno para poder reconectar se con su pasado y desde allí enfrentar el futuro” (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 16).

La recapitulación adolescente implica que la adolescencia vuelve a la sexualidad infantil ya los primeros conflictos de relación objetal, como el resurgimiento del Complejo de Edipo. Los recursos yoicos finalmente permiten que terminen los lazos de dependencia. En la medida de que se rectifican o resuelven los conflictos, lo cuales se han arrastrado desde la infancia, de este modo la reorganización actúa como logro, en donde el Yo de la latencia

progresar a lo largo de líneas evolutivas adecuadas a la edad. Desde esta perspectiva, la latencia adquiere especial atención, es decir, cobra protagonismo como espacio privilegiado para la posibilidad o imposibilidad de resolución de los conflictos de la niñez.

Por otro lado, una de las tareas de la reorganización es abandonar las investiduras libidinales hacia los padres y el investimento de las nuevas figuras. “Pero hay adolescentes que se sienten bajo la égida de un progenitor rechazante, despótico al que no pueden “digerir”, y cuya pérdida implicaría a la vez quedarse sin nada, vacío” (Janin, 2011, pág. 13). Es más, este proceso permite consolidar al aparato psíquico “maduro”, mientras sean capaces de internalizar los conflictos e interiorizar una oposición de un “afuera” social. Entonces el afuera y el adentro queda situado, como dos polos a través de los procesos psíquicos deben asegurar su capacidad de cambio, así como el sentido de la realidad. “Esta incompreensión y rechazo se encuentran muchas veces enmascarados bajo la otorgación de una excesiva libertad que el adolescente vive como abandono y que en realidad lo es” (Aberastury & Knobel, 1988, págs. 17-18).

Por el contrario, si existe un “desarrollo yoico impedido durante la latencia por fijaciones pulsionales en el nivel del narcisismo infantil” (Blos, 1981, pág. 384) Es decir, la “pobreza” de este Yo haría que se pierda la “oportunidad” de solucionar los conflictos infantiles a partir de esta reorganización. Es decir, el Súper-Yo no se independiza de la idealización infantil, esto hace que pierda la oportunidad de generar una línea entre fantasía y realidad. Por otro lado, el yo auto-observador se debilita y permanece en “silencio”

El empuje pulsional se vuelve entonces atacante externo, queda como algo que irrumpe desde afuera y no puede ser metabolizado. En la pubertad normal, produce enriquecimiento psíquico, con incremento de vida fantasmática. Pero en la pubertad patológica provoca un ataque a los cimientos mismos de la pulsión. Es un “desapuntalamiento” (Janin, 2011, pág. 13).

El autoerotismo le provoca miedo, en lugar de ser fuente de representación objetal, arrasa con la representación del objeto. “Es frecuente que la hipererotización materna, la dificultad para transformar erotismo en ternura impida la metabolización de las propias pulsiones. Lo interno y lo externo se confunden” (Janin, 2011, pág. 13). De hecho, es inevitable que haya regresiones a modos de funcionamiento más tempranos. Lo que quiere decir que las fases orales y anales suelen predominar (los adolescentes suelen ser “anales” en su forma de vestirse y en su vocabulario). También existe la regresión al vacío, a los agujeros que dejó la historia, a la desobjetalización de la pulsión, tornada entonces en mortífera. “Frente a esta actitud, el adolescente siente la amenaza inminente de perder la dependencia infantil si asume precozmente su rol genital y la independencia total- en momentos en que esa dependencia es aún necesaria” (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 18).

En cuanto el adolescente sigue dependiendo del entorno, odia esa dependencia, además que no soporta y quiere arrojar de sí todo lo que le hace sentir así, lo que le lleva a intentar expulsar y matar aquello que tenga que ver con los padres. Por eso, es importante que los encuentre un entorno donde les permita crecer y se sientan por momentos hacedores de su propia historia. “Igual que en la primera infancia, el adulto tiene que estar y no estar, estar cerca pero no abrumar, permitir ese espacio en el que se pueda crear” (Janin, 2011, pág. 14).

Por último, es importante mencionar que este sentido el adolescente también se enfrenta a la reorganización del complejo de Edipo mencionado por Freud, así como también a la reestructuración del estadio del espejo en la teoría de Lacan.

1.2.3. El narcisismo en jaque

El narcisismo también se pone en juego y la pregunta sobre el ser insiste. La representación de sí se pone en jaque y ya no es suficiente la mirada de los padres como sostén. Tiene que haber otras miradas, otros sostenes (Janin, 2011, pág. 14).

Si aquello que nos construyó, que son las primeras marcas de identificación, se construyeron a partir del rechazo, en la adolescencia se busca desprender de ese o esa que se era y a la vez seguir siendo eso mismo, en esa continuidad y discontinuidad, lo que marca la relación del yo consigo mismo a través del tiempo. Entonces, el adolescente intenta construirse a partir de representación de sí buscando en el entorno otros que operen como espejos múltiples, permitiendo así reflejarse en ellos, dando como resultado, el armarse una imagen unificadora. Teniendo en cuenta que el adolescente ya se ha ido construyendo en base a las identificaciones de sus padres y con otros de su entorno cercano. Si en dado caso el conflicto se vuelve insoportable, es posible que quiera arrancar de sí todo aquello que le recuerde dichas identificaciones. Pero a su vez ese que es él es el producto de las identificaciones de su entorno y no puede renunciar a ellas sin renunciar a partes de sí mismo.

Las fluctuaciones de identidad se experimentan también en los cambios bruscos, en las notables variaciones producidas en pocas horas por el uso de diferentes vestimentas, más llamativas en la niña adolescente, pero igualmente notables en el varón, especialmente en el mundo actual (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 17).

Ser alguien, resulta suponer ser “único”, lo cual no resulta del todo cierto, ya que muchas veces se toma aspectos de otros lo que lleva a una situación paradójal. Esto se hace evidente cuando dicen vestirse de modo “original”, propio, y se ve como esa vestimenta representa la identificación con determinado grupo. “Es decir, los padres deben dejar de ser idealizados y a la vez deben ser aquellos con quienes la confrontación sea posible” (Janin, 2011, pág. 15).

El adolescente puede rechazar en sí aquello que le hace sentir identificado con sus progenitores, pero ya es parte de él o ella, pero al rechazar intenta expulsar de sí parte de sí mismo, lo cual conduce a un estado de vacío interno o de confusión identificadora. Hay que

agregar que muchas veces esas identificaciones prevalecen historias de otras generaciones, y que además no han sido transmutadas. Así el adolescente carga con una historia ajena, queriendo de esta forma desembarazarse de todo aquello que le haga recordar su infancia y su dependencia (intento que será violento en tanto la dependencia sea mayor) los fantasmas que encarnan resurgirán y en ocasiones lo llevarán a realizar actos no pensados. Las palabras o historias que envisten al bebé y al niño mientras crece, son marcas que saldrán a relucir en la adolescencia. Mientras se es niño la familia y sociedad piensa que no comprende nada. Pero, “ha captado este hándicap social con el que ha nacido” (Dolto, 1990, pág. 13). Es decir, en la adolescencia todos los juicios surten efecto y que puede comprometer de por vida, su manera de relacionarse con su entorno y la sociedad.

Así como el héroe es el que vence al padre, también muchas veces hay en juego un sacrificio en los funcionamientos adolescentes. La batalla debe ser librada a toda costa en un acto sacrificial en el que se mantiene vivo al padre y sus mandatos a costa de la propia vida (Janin, 2011, pág. 16).

Aquello que fue pasado de abuelos a padres sin palabras ni tiempo, opera como fuerza insostenible a menos que pueda ser verbalizado, es decir, que se le dé sentido, ligado a un tiempo pasado, a otros personajes y otro contexto. Cuando se conoce la historia secreta, se puede modificar los efectos que tiene sobre el yo, modificar el clivaje alienante. Este proceso de desidentificación permite restituir la historia en tanto esta pertenece al pasado. “La desidentificación, en consecuencia, es la condición de la liberación del deseo y de la constitución del futuro” (H. Faimberg, 1996, pág. 86).

Es importante pensar cómo se tramita la sensación de vacíos representacionales en la adolescencia. Es decir, las crisis adolescentes llevan a separarse de los padres y así buscar nuevos objetos, de esta manera sosteniendo las identificaciones constitutivas del Yo, ligadas a la prohibición del incesto frente a la rendición de la conflictiva edípica. “Pero en muchos

adolescentes la actualización de los deseos incestuosos se hace intolerable porque fallan tanto los modelos como las prohibiciones internas y un yo armado en un “como si” se resquebraja” (Janin, 2011, pág. 17). Hay que tener en cuenta que no solo es difícil para los adolescentes, sino también para los padres. “Los padres tienen dificultades para aceptar el crecimiento a consecuencia del sentimiento de rechazo que experimentan frente a la genitalidad y a la libre expresión de la personalidad que surge de ella” (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 17).

Es así que, frente a los nuevos objetos, entran en pánico, sienten que están abandonando a la madre, pero al mismo tiempo se odian por no poder hacerlo, lo que les lleva a realizar un movimiento expulsivo de sus deseos. Sintiendo de este modo que para enfrentar los deseos incestuosos debiera arrasar con todo deseo, sentimiento y pensamiento. La expulsión de la representación del objeto y el deseo mismo, son lo que predomina llevándolos a tener sensación de vacío, de inexistencia. “A veces sienten que el fragor de Eros resulta intolerable e incontenible. Y cuando se impone la idea de que es el objeto el causante del “exceso”, se sienten atacados y reaccionan con estallidos de violencia” (Janin, 2011, pág. 17). Cuando se sienten resguardados en el autoerotismo e intentan armar protección anti-estímulo, es decir, no puede resolver la contradicción entre aquél y la exigencia de las normas (sociedad y cultura), por lo que tienden a idealizar salidas transgresoras.

1.2.4. Los ideales

En la adolescencia los ideales cobran una importancia fundamental. Frente al quiebre de la imagen de sí mismo, los ideales son un sostén narcisista, esto en tanto los ideales aparezcan como posibles de cumplir en el futuro. La tensión entre el Yo y el Ideal del Yo puede derivar en una derrota y por tanto aparece como derrumbe narcisista, que es encubierto rápidamente con la euforia. El sentimiento de omnipotencia prestada que llega por momentos

a tapar el dolor intolerable. A la vez, el Ideal del Yo ofrece caminos alternativos a la exigencia pulsional, que ayudan a desprenderse de los objetos incestuosos. En este sentido los referentes internos y la ética transmitida, son fundamentales entorno a los elementos que ayudan a enfrentar el pasaje de la adolescencia.

El único modo en que parecería poderse abordar esta crisis identificadora (que si faltase sería aún más preocupante) es a través del fantaseo: ser otros, y de ahí lo de la novela. Asumir diferentes personajes, en un juego en el que el adolescente va probando diferentes ropajes (Janin, 2011, pág. 18).

Además, los padres siguen teniendo un papel importante, ya que si en este sentido los padres no logran comprender esta fluctuación de dependencia-independencia, que resulta como refugio en la fantasía-afán de crecimiento y los logros adultos-refugios en logros de la infancia. “Se dificulta la labor de duelo, en la que son necesarios permanentes ensayos y pruebas de pérdida y recuperación de ambas edades: la infantil y la adulta” (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 18). El adolescente intenta organizar la pregunta de los orígenes, situándose en un lazo de filiación. Pero se declaran fallas o rupturas del orden simbólico, para salir del encierro que le dejan estas tensiones, puede crear delirios o hacer pasaje al acto (suicidio, crimen, etc.). Por esto, se dice que la adolescencia es un momento de resignificación, donde los apoyos externos vuelven a ser fundamentales. Es decir, que el mundo tiene que ayudar a sostener el narcisismo en jaque, por ende, los adolescentes internamente siguen luchando con sus deseos. “En tanto sienten que el desear implica necesitar a otro que puede no estar. La presencia del otro puede hacer resurgir el dolor por la ausencia posible” (Janin, 2011, pág. 18). Además, es este momento donde se debe motivar al adolescente a pensar por sí mismo, una tarea fundamental del adolescente es sentir que es el quien descubre el placer sin tener que agradecer ni preguntarse quién es el causante de ese placer, además de construir y escribir su propia historia. Tomando en cuenta que ocurre en

un momento que no quiere recordar su infancia y no logra proyectarse a futuro. “Soñar, fantasear, crear, implican disponer del mundo representacional para producir reorganizaciones” (Janin, 2011, pág. 19).

Si el adolescente se siente lejos del futuro, es posible que el cutting brinde alivio momentáneo e ilusorio, que vendría a ser una resolución “al instante”, de lo que no se puede resolver por otras vías. La dependencia de un producto remite a la dependencia psíquica del imago deteriorada de los padres o de los abuelos que la fantasma cuida, es decir, a la necesidad de paliar los afectos encriptados, por otra parte, implica necesariamente el arrasamiento de las posibilidades simbólicas del sujeto.

CAPÍTULO 2: EL SENTIDO Y ASOCIACIÓN DEL CUTTING CON LA ADOLESCENCIA

2.1. El sentido del cutting con la adolescencia

Como se mencionó en el capítulo anterior, “la adolescencia es una etapa de cambios biológicos y psicológicos que llevan a vivir en una crisis constante, esto ocurre por la reorganización psíquica de los elementos preexistentes, con una conmoción de la estructura previamente armada” (Janin, 2011, pág. 19). Es decir, el púber se enfrenta a cambios que le hacen sentir angustia ante las cosas nuevas.

Sujoy (2011) señala que la existencia de varios modos de subjetividad y los cambios abruptos que atraviesan los adolescentes, abren un espacio que debe ser explorado, porque existen cambios en las formas del procesamiento psíquico, que funcionarían como “marcadores” de las transformaciones en la subjetividad adolescente.

La crisis entendida en estos términos podría llevar a configuraciones clínicas que en la adultez serían entendidas rápidamente dentro de un cuadro psicopatológico, mientras que en la adolescencia no dejan de ser un estado transitorio que, si es debidamente acompañado, puede resolver por sí mismo con el tiempo (Sardar, 2020, pág. 110).

Por ello, es llamativo que los adolescentes se rehúsen a comunicarse con sus padres sin dejar en claro el motivo de esta decisión. Así mismo, los padres quedan ubicados en un lugar de impotencia, por su intento fallido de diálogo, por tanto, el adolescente queda encerrado sobre sí mismo, y todo intento de diálogo parece infructuoso. Cabría preguntarse, si los adolescentes sufren una sola crisis o son varias, y cómo están relacionadas con las autolesiones, ya que no es tarea fácil para el adolescente afrontar el momento, ni apropiarse

de su cuerpo, ni resignificar su historia que se encuentra llena de huellas, de marcas que se produjeron en la infancia, que se encuentran encarnadas en su propio cuerpo.

Al entender también que durante la adolescencia se enfrenta a cambios psíquicos y físicos que determinan su propio mundo interno. Manca (2011) afirma que al desarrollarse con regularidad el adolescente vive y se reconoce como un ser integrado. Sin embargo, cuando el proceso no es superado o se produce una fijación, el resultado sería una representación del cuerpo no subjetivado. “El adolescente lleva consigo mismo como resultado de una interacción con el ambiente centrada en la atribución y en su asunción como entidad separada por la propia identidad psíquica” (Manca, 2011, pág. 80). En estos casos, los adolescentes atacan con actos autolesivos a su propio cuerpo para apropiarse de él en términos psíquicos.

La crisis del adolescente es correlativa a otra crisis: la de los padres. Es que, a partir de la crisis del joven, este último deberá reinventar su lugar, modificando entonces la organización y dinámica de la propia familia. Al mismo tiempo, una de las características de este proceso consiste en el desafío permanente a los adultos, así como la denuncia constante de las falsedades del mundo en el que habitan (Sardar, 2020, pág. 111).

El descubrimiento con relación a la idealización de sus padres de la infancia causa angustia, además que en dicha idealización se basa el deseo de “ser grandes” y darse cuenta de esos grandes idealizados no existen, les hace sentir de cierto modo engañados. Es decir, darse cuenta de que en realidad sus padres ya no son esos seres omnipotentes, que todo lo saben, les hace sentir que están viviendo con seres extraños que viven en la misma casa. Desconfían de su palabra y juzgan sus actos, los adolescentes sienten ajenos, desconocidos a sus padres.

Sardar (2020) menciona que esto no es sin razón, ya que los padres latentes son distintos a los adolescentes, por consiguiente, han caído de su lugar ideal y los sienten como desconocidos. “De esta forma, se pasa de la sumisión a los adultos idealizados durante la niñez, al conformismo, la decepción y el desafío durante la adolescencia, en una denuncia constante de las falencias del mundo adulto” (Sardar, 2020, pág. 111). Por esto, muchas veces los padres sienten que sus hijos se han vuelto rebeldes, pero esta acción solo demuestra, la inconformidad que el adolescente siente, al darse cuenta que la adultez no es ni será lo que ha imaginado.

El fracaso de las tareas evolutivas, equilibrio entre la necesidad de continuidad en defensa de su propia identidad. Por un lado, el impulso al cambio por otro, provoca en el adolescente una sensación de frustración. De esto deriva: desconfianza y rabia. Representan el proceso que lleva al adolescente a hacerse daño (Manca, 2011, pág. 80).

Entonces quedaría imposibilitado el diálogo entre el adolescente y sus padres. Los adolescentes por su lado sienten que sus progenitores no pueden entender la importancia de sus problemas, en cambio el adulto parece haber olvidado como fue su época adolescente. En este sentido, los padres se muestran desconcertados, incapaces de tener una conversación con el adolescente, que en tiempos pasados se mostraba como un niño dulce, receptivo y dócil.

Esto traería nuevos problemas, en tanto el diálogo permite reducir la tensión agresiva, a la vez que logra calmar el sentimiento de soledad. “Es que valdría recordar que antes el sujeto se sentía acompañado, identificado y guiado por sus padres” (Sardar, 2020, pág. 111). El nuevo escenario entonces resultará problemático, porque los adolescentes tendrán que enfrentarse a la angustia de separación sin la compañía de estos padres antes idealizados.

Como se mencionó en este y el capítulo anterior, el niño se identificaba con los padres idealizados de su infancia. Es decir, los que cumplían la función de sostener su identidad, pero en la adolescencia esto cae y consigo la identidad adquirida hasta ese momento. En este punto las viejas idealizaciones no resisten la sacudida estructural producida por la embestida pulsional de la segunda reestructuración de la sexualidad que por lo tanto serán reemplazadas por otras. Así como las aves, el adolescente tiene que mudar sus plumas, pero en ocasiones el púber no encuentra ese nuevo sostén identificatorio que le proporcione sentido de existencia y de pertenencia, lo que le deja expuesto. El adolescente sabe que no es un niño, pero tampoco es adulto.

Varios autores plantean que el desarrollo de los caracteres sexuales primarios y la manifestación de los secundarios, el adolescente al mirarse al espejo, no se reconocen a sí mismo, que suele ser la misma experiencia cuando descubre que ya no controla el cuerpo como lo hacía antes. Las resoluciones logradas en la infancia se muestran como insuficientes, lo que resulta en una nueva oleada pulsional, que implica cambios en el cuerpo, en la imagen y en la relación con el otro.

Lacan (1974/2008) define a los cambios somáticos en la adolescencia, como la intrusión de lo real del propio cuerpo, que resulta imposible inscribir simbólicamente y por esto, el adolescente no puede controlar, ni impedir estos cambios: “Lo que Freud delimitó de lo que él llama sexualidad como agujero en lo Real, es lo que se palpa en el hecho de que nadie sabe zafarse bien del asunto” (Lacan, 1974-2008, pág. 10) La sexualidad entonces representaría una gran dificultad, ya que no encuentra inscripción en lo psíquico, no hay forma de representarla; cada sujeto tendrá que representar a la sexualidad de manera singular. Tal como lo explica Lacan, no hay forma de “zafar bien del asunto”. Como ya se ha

mencionado antes, no hay relación sexual” supone que no existe una adecuación perfecta entre el sujeto y el objeto, no hay un saber hacer sobre el sexo.

Freud (1901/1905) menciona que un hallazgo importante en la adolescencia es el objeto exogámico, sin embargo, dicho hallazgo y encuentro con el otro sexuado no es sin angustia, que conlleva una confrontación con un no saber, con la castración. “Es el momento donde el sujeto se enfrenta con la falta de un saber sobre la relación entre los sexos, bajo el imperio de un real que empuja al encuentro, y donde algo debe inventar” (Tizio, 2009, pág. 126). El encuentro con el otro implica una invención o una reedición de la escritura previa. La carga libidinal entonces implica una redistribución sobre la propia imagen del cuerpo, esto debe ocurrir en modo de que el adolescente pueda sentirse atractivo o sentir que es posible hacerse amar. Esto ocurrirá en la medida de como el púber se presente y envista la nueva imagen, de esta manera abriendo el camino para el encuentro con el otro sexuado. La pubertad involucra marcas en el cuerpo, que supone alejarse del mundo paternal, con el resultado de la iniciación hacia el autoerotismo.

Como se señaló anteriormente, durante la adolescencia los padres ideales de la infancia con los que se habían identificado y eran sostén de su identidad, han caído, al adolescente entonces le domina el sentimiento de inexistencia, de poca consistencia, de vacío y a la vez debe aprender a dominar y apropiarse de un nuevo cuerpo y su imagen

Al retomar lo anteriormente dicho que al igual que las viejas plumas de las aves, las antiguas identificaciones caen durante esta época y aparecen nuevas, esto permite el reconocimiento de la propia imagen del cuerpo.

2.2. La asociación del cutting con la adolescencia

“Las autoincisiones podría tener su génesis en un lugar mucho más profundo que la superficie del cuerpo” (Angel, 2014, pág. 129). Entonces, las autoincisiones tendrían relación con los cambios y vicisitudes que se presentan en la adolescencia, los cuales, en algunos casos, son difíciles de afrontar y asimilar. Es por esto, que Angel (2014) entiende a las autoincisiones como un modo complejo en la adolescencia, de esta manera las autolesiones cumplirían varias funciones.

2.2.1. Pacificación de estados de angustia

“La angustia atormenta, en el punto en que lo que atormenta es lo real. No hay engaño de aquello imposible de soportar” (Darguelongue, 2012, pág. 135). Las autoincisiones operarían como una defensa contra la angustia, que como se mencionó en el acápite anterior, esta defensa no es específica de cada una de las modalidades de angustia, pero intenta evitar su avance por una especie de recorte en el cuerpo. Es decir, representa alivio y da cuenta de una especie de descarga del afecto que encuentra una salida. Esto surge por una especie de fijación a una herida corporal y no por la vía de ligar un afecto a una representación reprimida.

El modo en que el adolescente resuelve la angustia tiene relación con la manera en que fue tomada por el Otro familiar, frente a la angustia del adolescente, son sus cuidadores quienes responden intentando sosegarla rápidamente, sin dar lugar a desenrollarla. En este caso, serían los propios padres que no soportan la angustia de su hijo y buscan taponarla. “Al no poder desplegarse, la tensión agresiva en estos casos podría verse aumentada” (Sardar, 2020, pág. 111).

Belçaguy (2012) señala que la falta de recursos psíquicos más elaborados, frente a situaciones conflictivas con los otros, le haría recurrir a una defensa arcaica, que le llevaría a volcar esa agresión contra sí mismo. También Angel (2014) señala que las particularidades que acompañan a la adolescencia son las que dan como resultado que exista una alta posibilidad de pasar al acto.

Freud (1925/1926) propone que la angustia como estado afectivo surge a partir de la castración (pérdida de objeto) donde el peligro remite, como la angustia primordial, a una pérdida de objeto. En cambio, al principio el objeto es la madre y en la angustia de castración el objeto son los genitales que representan un efecto derivado de una situación real, que se representa en un objeto; en estos casos resulta reacción lógica frente a algo que se espera de afuera que entonces deriva en una exigencia pulsional (neurótica). Sin embargo, el peligro es indeterminado y la reacción es enigmática y sin un fin específico. La dinámica superyoica, que es generada por el poder que ejerce el Superyó con el Yo, que a fin de cuentas su función es prevenir al Yo de un displacer mayor, así Superyó genera un displacer del cual el Yo no escapa. En efecto, el surgimiento de la angustia es la respuesta de una situación de peligro de la que el sujeto quiere protegerse.

La angustia aparece como una invasión avasallante para la capacidad de metabolización de propio psiquismo, perturbando así la idea de sí mismo. “La angustia es definida como un estado afectivo que avisa de un peligro generado a partir de un empuje pulsional, el cual se ha vuelto implacable para el Yo” (Angel, 2014, págs. 128-129).

Dartiguelongue (2012) menciona que la respuesta inmediata frente a esta invasión de angustia será alguna acción que busque calmarla. Por tanto, la autolesión o autoincisión permite que la angustia avasallante, abrumadora y deslocalizada, pueda ser localizada y ubicada en el propio cuerpo. En este sentido, Belçaguy (2012) explica que “Siempre hay en

la adolescencia un exceso de difícil tramitación. La angustia rebasa la capacidad de elaboración del psiquismo y, en consecuencia, habrá un plus que queda sin representación y va a buscar la vía de la acción” (Belçaguy, 2012, pág. 19). En resumen, esto ocurriría cuando existe una falta de recursos psíquicos para hacer frente a esta angustia, que en última instancia se hace frente mediante la acción a manera de descarga. Aberastury & Knobel (1988) señalan que la conducta en la adolescencia está muchas veces controlada por la acción, que marca la forma de expresión más típica en este momento de la vida, los cortes entonces, se vuelven la resolución de este conflicto, tomando así la vía de la acción, en este caso la autolesión (cutting).

Para Manca (2011) el cuerpo representa un lugar de extensión del sufrimiento psíquico o como instrumento para comunicar necesidad y conflictos evolutivos, y por tanto el acto de cortarse se convierte en una expresión de defensa extrema, que se realiza a partir de un “sí mismo” que lucha contra la angustia de reconocimiento de su fragilidad y necesidades. El acto también representaría la agresión de lo que perjudica la integridad del propio individuo.

2.2.2. Intento de separación y/o diferenciación

El corte sirve para lograr un doble movimiento, con el cual los adolescentes usan para liberarse de la dependencia con el objeto de amor y de esta forma también diferenciarse de los objetos que son parte de las identificaciones infantiles.

La brusquedad del movimiento no es más que la manifestación de cierta torpeza en el manejo del propio cuerpo; no comprender la imagen corporal crea una doble carga de trabajo para el aparato psíquico del adolescente, que no son más que dos lados de una misma moneda: el duelo del cuerpo de la infancia y la reescritura psíquica de un cuerpo diferente. De este modo, el sujeto debe aprender a instalarse y asumir un nuevo cuerpo, así como a

reconocerse en esa nueva imagen, lo que no siempre es fácil. Belçaguy (2012) señala que la autolesión establece en ocasiones un intento de delimitar espacio de este nuevo cuerpo extraño. Son los cortes que intentan hacer sentir al adolescente que ese cuerpo es suyo y quiere limitarlo y marcarlo. Entonces, el corte funcionaría como modo de localizar la angustia avasallante en el propio cuerpo o como manera de localizar el límite del propio cuerpo y así poder reescribirlo psíquicamente.

Nasio indica que “El sentimiento más profundo de un adolescente es ante todo la sensación imprecisa de vivirse como un ser inconsistente, interiormente dislocado, desmembrado y peligrosamente amenazado” (Nasio, 2010, pág. 82). La adolescencia aparece como el momento que se vive con mayor intensidad el sentimiento de extrañeza, desconocimiento de sí mismo. De este modo aparece el temor constante al anonimato, poniendo así en contacto con sentimientos de inexistencia e invisibilidad.

Frente a esto, diversos autores han señalado que cuadros clínicos caracterizados por el aburrimiento y la apatía, no hacen más que dar cuenta de un intento de cubrir ese sentimiento de vacío. Se ausentan de ese modo, de su propio sentimiento de inexistencia (Sardar, 2020, pág. 112).

Rodulfo (2006) señala que el reconocimiento de los límites de la existencia durante la adolescencia implica necesariamente ciertos comportamientos autodestructivos. Por otro lado, Bleichmar puntualiza que “Si algo duele o si produce placer, entonces existe” (Bleichmar, 1997, citado por Sardar, 2020). De esta forma, el adolescente crea una modificación en el método cartesiano y su célebre frase, que este caso de presentaría de la siguiente forma: “Duele, luego existo”. En decir, que en estos casos cabría mencionar que la autolesión, siendo fuente de dolor otorgaría de cierto modo sentido de existencia al sujeto y llenaría el sentimiento de vacío. Sin embargo, al crearse esta inconsistencia en el mundo

interno del adolescente se puede mencionar a Dartiguelongue (2012), que plantea que el adolescente queda despojado de su lugar de sujeto, por consiguiente, la sensación de vacío señalaría la falta, ubicando así al sujeto como objeto-residuo. En este caso, los cortes le harían recuperar la posición de sujeto.

La falta de recursos para afrontar la angustia se da por aquellas situaciones donde los padres de la infancia no han podido resolver la tensión del niño, a través de una adecuada contención. Más aún, cuando la situación dolor/angustia se asocia al alivio producido por el contacto con el otro. Manca (2011) menciona que el acting out dirigido al cuerpo anularía al sufrimiento psíquico y al mismo tiempo se convierte en mecanismo de defensa que ayuda a manejar la tensión, la disforia, la ansiedad y toda situación estresante que se le presente al adolescente.

Por otro lado, Manca (2011) explica que las conductas de ataque al cuerpo cumplen funciones en el ámbito personal, interpersonal y social, por ejemplo, la externalización de sentimientos de profundo malestar, reforzar la imagen de uno mismo, el sentido de pertenencia en un determinado grupo y la representación simbólica o el recuerdo de algún evento significativo. “La piel representa el elemento de separación, de límite entre el mundo interno y el mundo externo, de comunicación y de interacción entre ambos mundos y de discriminación entre el adentro y el afuera” (Manca, 2011, pág. 81). Es decir, la piel es el lugar donde se puede hacer una diferenciación entre cuerpo y mente, además es el lugar donde el aparato psíquico y aparato físico tienen contacto.

La necesidad de crear nuevas identidades le lleva al adolescente a apoyarse en su grupo de pares y crear así nuevas identificaciones. Hartmann (2000) subraya la importancia de las amistades en la adolescencia, son con quienes se comparte un espacio de secreto, que se caracterizan por el pegoteo con el otro, de esta forma produce identificaciones miméticas,

incluye empatía frente a la vida anímica de otro. La confianza que se genera en estos espacios de confidencia, hace que el adolescente sienta alivio, a la hora de contar con espacios de intimidad que no quieren compartir con los padres. Es decir, que los espacios de escucha generados por otro-igual, hacen que el adolescente se sienta en confianza y de esta manera pueda crear empatía por otro que está viviendo lo mismo que él

De esta manera se señala la importancia de las alianzas que se crean entre los adolescentes, donde se produce solidaridad fuera del ámbito familiar; produce en el adolescente la creación de identidad individual y colectiva que les permite salir del anonimato y el aislamiento. Estas alianzas son importantes porque generan espacios de dialogar sobre lo que les ocurre y compartir sus sentimientos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que estas alianzas pueden presentar riesgos. “Esta necesidad de afianzar su nueva identidad, se apoya en la identificación a un rasgo, que podría eventualmente dar lugar a efectos de “contagios” o “epidemias” psíquicas” (Sardar, 2020, pág. 114).

Freud (1920/1921) plantea el ejemplo de “las chicas del pensionado” explicando así los fenómenos de masa. Respecto a esto señala que “El mecanismo es el de la identificación sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación” (Freud, 1920-1921, pág. 101). Esta identificación da lugar a distintas comunidades, donde cada Yo se identifica en algo en común con el otro Yo. En este sentido, algunos adolescentes empiezan a infringirse autoincisiones por sentirse parte del grupo. Belçaguy (2012) menciona que la autolesión en ocasiones se configura como señales de identidad, que se generan a través de las identificaciones con un grupo de pares, y además comparte estas marcas. Por tanto, el cutting puede ser un acto por el cual los adolescentes son señalados como parte de un grupo. El cutting permite cierto sostén y evitando sentirse solos en su “padecer”. Se hacen compañeros en el dolor.

2.2.3. Mensaje dirigido al Otro a través de un acting out

Es una escena épica, solitaria y destinada a un otro a quien cuestiona, rechaza, convoca, excluye. También en ocasiones puede tomar la forma de un pasaje al acto en el que el sujeto se siente desechado y apela a este actuar impulsivo inconsciente que se le impone sin expectativa alguna (Kuras & May, 2015, pág. 3)

Es importante mencionar que existe diferencia entre acting out y pasaje al acto. Lacan (1962/2006) define al acting out como un acto que intercala contenido, tanto inconsciente como simbólico, que no puede ser verbalizado y se manifiesta a través de conductas que llevan un mensaje dirigido a Otro. “El acting out es esencialmente algo, en la conducta del sujeto, que se muestra. El acento demostrativo de todo acting out, su orientación hacia el Otro debe ser destacado” (Lacan, 1962, págs. 136-141). Por su parte, “el pasaje al acto tiene como particularidad que se presenta de manera inesperada, sin posibilidad de un amarre simbólico en el que se excluye al Otro” (Angel, 2014, pág. 124).

En resumen, el sujeto en lugar de construir una escena para el Otro decide recurrir al pasaje al acto. Entonces, los registros simbólicos e imaginarios que le habían dado un lugar hasta ese momento ahora no son útiles; sin embargo, el Otro es tachado, borrado de la escena y pareciera quedar excluido de los lazos sociales, pues el Otro es “deyectado”. Por otra parte, el actig out es un mensaje para el Otro que está expuesto en el cuerpo del adolescente mediante los cortes (cutting).

Al vincular los cambios del medio familiar con las autoincisiones, Dartiguelongue (2012) expone que las autolesiones en la mayoría de los casos se realizan cuando el adolescente se encuentra a solas. Es importante tomar en cuenta el contexto en el que vive el adolescente, esto marcaría los determinantes para que el adolescente se corte o no. El acto de cortarse suele estar relacionado con el abandono, descuido o indiferencia del Otro. “El

desencadenamiento de las incisiones consiste en situaciones en que el Otro no da lugar, rechaza o ignora, bruscamente al sujeto” (Darguelongue, 2012, pág. 120). Es decir, que lo que busca el adolescente busca que el Otro le reconozca y a su vez el mismo encontrar el lugar que siente que ha perdido.

2.2.4. Vía de satisfacción de la pulsión de muerte

Freud define a la pulsión como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (Freud, 1915). Además, la define como “agencia representante psíquica”. Es decir, consideraba a la pulsión como el representante psíquico de fuerzas intrasomáticas que están fluyendo constantemente y se distinguen del despliegue de lo anímico respecto de lo corporal

Freud (1915) explica que una pulsión no puede pasar a ser objeto de la conciencia. Solo puede ser la representación que es su representante. Por tanto, se habla de una moción pulsional inconsciente o una moción pulsional reprimida, que resulta ser una moción pulsional cuya agencia representante-representación es inconsciente. “La agencia representante de pulsión es «una representación o un grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica” (Freud, 1915, pág. 109). Entonces, la representación interviene algo diverso, algo que representa la pulsión.

Angel (2014) menciona la satisfacción se presenta bajo dos formas: primero como repetición de una conducta asociada a una posición masoquista. Las autoincisiones son hechas bajo el signo de impulso relacionado con la pulsión, después del corte se crea una sensación de alivio a través de la descarga de tensión, dicho alivio se vuelve menos efectivo para el sujeto. “Cortarse implica un alivio pasajero de un displacer intenso, y en la que este

mismo acto compulsivo conlleva un displacer del cual se desprenden sentimientos de culpa y autoreproches” (Angel, 2014, pág. 132).

Por otro lado, la repetición del corte señalaría la necesidad de actuar lo que en el pasado se vivió y se sintió, aunque en el presente no pueda ser recordado. En este sentido, Angel (2014) menciona que la compulsión de repetición sería una manifestación de la pulsión de muerte que busca el retorno al estado anterior, de modo que resulta ser una modalidad de satisfacción de la pulsión misma. “En relación con el placer y el displacer, se estableció que el dolor para el psicoanálisis es una sensación displacentera, aun cuando pueda ser percibida desde afuera (físico), está indisolublemente ligada a lo interno (psíquico)” (Angel, 2014, pág. 128). Es decir, que las repeticiones de los cortes son subjetivas porque cada adolescente va a repetir lo vivido y por tanto está relacionado a lo placentero y displacentero, que a su vez causa dolor, dicho dolor tendrá que ver con las inscripciones psíquicas. “La repetición es una cualidad esencial de la pulsión, es el principio directriz de un campo, en tanto que es subjetiva” (Lacan, 1966-1967, pág. 71). Es subjetiva ya que está ligada al mundo del lenguaje y por ende a las combinaciones de las representaciones que ha ido creando el adolescente a lo largo de su infancia.

2.2.5. Modo de apropiación del cuerpo

Angel (2014) explica a la autoincisión que los adolescentes se autoinfringen representa la necesidad de re-conocerse, diferenciarse, re-apropiarse y ejercer control sobre eso que parece incontrolable, aún más, cuando ese exceso de cuerpo se siente avasallante y sin lógica, por esto los adolescentes ocupa el corte como signo de identidad, para obtener conciencia de estar en el mundo. Es decir, el púber quiere apropiarse de un lugar que se le ha dado desde la infancia, pero al percibirse extraño de ese lugar, el corte funciona como localizador de algo que pareciera ser del otro. Entonces, “el cuerpo surge como una vía

posible de tramitación del malestar que aparece en la adolescencia” (Angel, 2014, pág. 134). Por tanto, el corte da lugar a la búsqueda del propio cuerpo porque es lo único que está ahí en lo real y que además puede ser tocado y gobernado por el mismo adolescente.

Sujoy (2011) menciona que estas prácticas adolescentes buscan una marca que les haga visibles frente a los demás, de alguna forma, proclamarse como subgrupo cultural, busca producir efectos específicos; como reducir la tensión y refuerza la identidad grupal. Así mismo, los adolescentes utilizan el cuerpo para contrastar los ideales de la sociedad y cultura. Sin embargo, el mirar y ser mirado ocupa un lugar en los intercambios, que preponderan la exterioridad, la búsqueda de referentes que operan como reguladores del equilibrio narcisista se encuentra sedimentado en el Otro.

Sujoy (2011) la manipulación del cuerpo sería una manera no verbal de comunicación, en cuanto a la imagen que se quiere o desea producir en los demás. Generando así, una inscripción en la superficie del cuerpo que produzca opacidad que crea un contenido oculto y de esta forma deslumbre, aplaque el sentimiento de transparencia y angustia de no existencia. Algunos adolescentes intentan armar omnipotentemente su propia marca, que hasta cierto punto pueda aliviar la angustia de aniquilamiento y clausura la angustia de castración. En este sentido buscan una rápida reposición y mudanza de las investiduras a nuevos objetos que puedan servir de garantes del narcisismo y concedan consistencia a las representaciones del sí mismo. Es decir, queda en el afuera depositado el poder proveedor de significaciones.

Estas modalidades autodestructivas dejan en la piel marcas y cicatrices indelebles y representan un lenguaje mediante el cual el adolescente puede expresar su independencia afectiva de las figuras paterna y materna o concretar un desafío con respecto a las reglas impuestas por los adultos (Manca, 2011, pág. 78).

Así mismo, Janin (2013) señala a la autolesión como recurso al que los adolescentes acuden frente al terror de sentirse desdibujados en un mundo, donde no tiene lugar. De este modo, el cutting sería para el adolescente un reclamo al medio para ser mirado y sentir que existe. Con frecuencia los adolescentes se sienten indiferentes ante el mundo adulto, pues el adolescente se siente, desconfiado, cerrado y con dificultades para expresar lo que siente. Dartinguelongue (2012) explica que el sujeto no es considerado como tal y por eso quedaría ubicado como objeto residual. “Esta posición objetivizada del adolescente es patognomónica de este período. Frente a esto, no puede emerger nada más que la angustia, llevando en ocasiones a la desorganización del yo, a fenómenos de despersonalización y hasta a la productividad psicótica” (Sardar, 2020, pág. 112). El acontecimiento de la pubertad y las consecuentes metamorfosis del cuerpo supone la necesidad de volver a escribir un cuerpo que se distingue descoordinado, torpe, disarmónico, y que se siente fragmentado. “El cuerpo, más allá de su condición biológica, es una superficie permeable a la experiencia y cobra vida a través de otro, se encuentra ligado al placer y al displacer, a la pulsión y a la historia de cada sujeto” (Angel, 2014, pág. 127). En este caso el cutting se volvería ese otro para el adolescente porque siente que a través de este acto su cuerpo vuelve a ser suyo.

CAPÍTULO 3: LA INTEGRACIÓN PSÍQUICA EN LA ADOLESCENCIA

3.1. El surgimiento de la integración psíquica en la adolescencia

Como se mencionó en los capítulos anteriores, el niño se identificaba con los padres idealizados en su infancia, de esta manera logra tener una identidad a través del Otro. Entonces, en la adolescencia el sujeto pasa por una reestructuración de las identificaciones primarias, dadas en la infancia, esta reorganización surge a través del movimiento de dichas identificaciones.

Aulagnier (1984/2003) plantea dos principios. La permanencia donde el yo debió y debe fabricar como historia fragmentada que recibió una continuidad histórica y temporal y, de esta forma tejer pasado y futuro, en esta combinación se preserva lo propio, y aquello dispuesto a ser transformado. Por otro lado, las identificaciones previamente registradas, garantizan puntos de seguridad al amparo del olvido, desde los cuales el sujeto podrá mudar sin perderse en los caminos. Además, las identificaciones previas, son la garantía de que el sujeto se estructure de manera singular, y marca el principio de permanencia. El segundo principio es el cambio, señala las diferentes posiciones identificatorias a las que el yo puede acceder, pero a su vez teniendo correlación con las identificaciones previas. A esto se suman los conceptos de imaginación radical, virtual e identidad.

Aulagnier (1975/2007) señala que las inscripciones originarias predominan al igual que el pictograma de rechazo, resultando así el rechazo a sí mismo. Si prevalece dicho pictograma puede llevar a que el adolescente rechace todo deseo. El adolescente desea que nada cambie, que todo se quede idéntico a sí mismo, pero el deseo mismo es peligroso, al mismo tiempo el adolescente busca nuevos caminos que le llevan a nuevos objetos de deseo, y de esta forma no quedar encerrado en vínculos incestuosos. Entonces, cuando el

adolescente siente que estos deseos resultan peligrosos, se encierra en el vacío de no decir que más adelante intentará salir de esa nada que en ocasiones se vuelve intolerante y llevan a que el adolescente se inmiscuya en situaciones de riesgo. Es decir, las pulsiones irrumpen dando lugar a encontrar nuevos objetos de amor y nuevas identificaciones, pero en algunos casos pueden intentar arrancar de sí todo deseo y toda identificación porque tiene relación con escenas pasadas.

Janin (2012) señala que las inscripciones psíquicas remiten a lo primero, pero también a lo originario, a las fantasías primordiales y a las primeras identificaciones. Por esto la adolescencia es un momento donde lo antes mencionado se reorganiza, “en ese sentido que se toma el mazo y se barajan de nuevo las cartas que había y esto puede llevar a que haya ciertas sorpresas en la adolescencia” (Janin, 2012, pág. 16). La construcción psíquica no es continua, de forma lineal ni existe una creación absoluta, sino que se van descubriendo caminos y en parte la adolescencia posibilita nuevas vías, nuevas imágenes de sí mismo y de los otros, pero esto se construye a su vez sobre lo antes inscrito.

Siguiendo con las ideas de Janin (2012) las vivencias dejan marcas, pero serán diferentes de las primeras marcas, las que vendrán después, tanto en sus características como en las formas en las que se ligan entre sí. Las huellas de lo vivenciado son posibles porque el adolescente está en un mundo vincular. Por otro lado, la sexualidad se construye a través de los vínculos con otros y posibilita la apertura de nuevos caminos representacionales. En este sentido, “el otro es fundamental como erotizador, dador de significación y posibilitador de unificación narcisista” (Janin, 2012, pág. 18). Es decir que el otro es quien crea el sentido de las significaciones, que serán las posibilitadoras de las posteriores.

Janin (2012) plantea la existencia de diferentes tipos de inscripciones: las inscripciones sensoriales están ligadas al placer o displacer, las cuales pueden estar significadas o no,

traducidas o no; también las inscripciones que remiten a un vacío y a la irrupción de lo no dicho, a la marca de lo que rompe las tramas. Esto implicaría traducciones sucesivas, pero si no existe traducción lo inscrito permanece con mayor vigencia, la traducción permite que el texto original se mantenga, pero disminuye la fuerza de su determinación. Sin embargo, dicha traducción dependerá de Otro, en tanto pueda posibilitar la traducción, ya que al no lograrlo el niño quedaría sujeto a sensaciones que no podrían cobrar sentidos o quedar en eso: sensaciones y urgencias, que posteriormente afectarían en la adolescencia a la hora de la reinscripción y reorganización.

Frente a la necesidad es el semejante el que opera posibilitando vivencias placenteras y también el que frente al dolor puede dar lugar a vivencias calmantes.

Y, para esto, el adulto tiene que estar en conexión con el niño, pero operando con un funcionamiento complejo de significaciones (Janin, 2012, pág. 19).

Esto supone que para el niño es el Otro quien provee experiencias placenteras o displacenteras, y por tanto también quien frente a estas últimas le suministra vivencias de calma. En este sentido, es importante el tipo de vínculo que el adulto tenga con el niño, y además opere con otro funcionamiento para que así pueda transmitirle el proceso primario y secundario, de esta manera ayudaría al niño a traducir sus experiencias, así mismo, el adulto debe transmitir los procesos primarios y secundarios. Es decir, un adulto que fantasee y piense. Esta posibilidad del adulto para significar, de traducir lo que el niño vivencia, es fundamental porque las vivencias dejan marcas, se inscriben. “Son sabores, olores, sensaciones cenestésicas que van armando redes representacionales” (Janin, 2012, pág. 19). De esta forma la traducción solo se logra a través de otro, que no solo calme la necesidad y brinde placer, si no que signifique lo vivenciado. Así, en la adolescencia, las resignificaciones sucesivas y las vueltas que se producen van creando espacios de repetición,

y a su vez espacios novedosos, de rearmado psíquico. Entonces las representaciones primarias permiten; protección del estímulo, ya que son mediadoras entre la realidad y el sujeto, también ayudan a soportar la pérdida porque resulta posible recuperar lo perdido a través del pensamiento y, por último, sostiene la continuidad en la representación de sí mismo. Es decir, la representación es un acto fundamental para construir la subjetividad. “La identificación primaria y las identificaciones posteriores dejan huellas. Con el naufragio del Complejo de Edipo, la represión primaria culmina, el superyó se instaure, el yo se constituye como yo de realidad definitivo. Pero la latencia no es homogénea” (Janin, 2012, pág. 20). Por eso, si todo fue bien, sexualidad y narcisismo se enlazan para así establecer vínculos exogámicos

Por otro lado, si las primeras marcas persisten sin que exista estabilidad con la represión primaria y las pulsiones insisten en un momento donde los conflictos son impostergables, puede haber intrusión desmedida que desequilibran lo que se ha logrado. Esto marca diferencias decisivas pueden llevar al desborde adolescente. “Esas primeras inscripciones, ya reorganizadas en sucesivas reescrituras durante la niñez, van a sufrir una reescritura, casi una nueva escritura, un cambio de idioma, durante la adolescencia” (Janin, 2012, pág. 20). Por esto, es importante mencionar que la reorganización hace que el adolescente se interroge sobre lo que ha interiorizado en la primera infancia.

Janin (2012) plantea un ejemplo: Una paciente de diez y siete años consulta porque no puede gozar en las relaciones sexuales. A lo largo del análisis van apareciendo escenas de seducción por parte del padre cuando ella era muy pequeña. Cuando relata la escena, rememora las sensaciones en su piel, la excitación que le provocaban. Situaciones en las que dormían juntos y él le acariciaba la cola ¿Realidad o fantasía? ¿Recuerdo encubridor? Ella era la preferida del padre. Pero también para la madre esta niña era una rival insoportable,

que la separaba de su marido, reproche que le sigue haciendo, remitiéndola a las escenas en las que la paciente pedía que el padre durmiera con ella. “Ser la preferida”, tener un lugar para el otro como la mujer elegida, en esa relación cuerpo a cuerpo con el padre, la deja sin poder desprenderse de esa escena, separarse y construir otros caminos de deseo y de placer.

Este ejemplo, sirve para hacer más claro lo que se ha dicho antes sobre la reinscripción. Por eso si las caricias del padre quedaron inscritas como excitantes, las sensaciones corporales cobran otra dimensión, es por eso que, al reestructurarse la imagen del propio cuerpo. Es decir, que la adolescente al momento de sentir, le hacen remitirse a esas caricias prohibidas, las marcas no traducidas, las sensaciones y el afecto en desarrollo insisten tomando nuevas formas. Las primeras sensaciones, las primeras inscripciones, de las primeras caricias paternas-maternas, se resignificaron por los actos seductores del padre, y por su parte la adolescente reorganizó esas marcas. Por tanto, ahora esas marcas tienen un nuevo sentido, pero también se habla de las representaciones que son constitutivas, de hecho, las representaciones de sí mismo a partir de la mirada del otro y la unificación de las zonas erógenas. En este sentido, la adolescente se siente el Otro, por eso la adolescente odia aquello de lo que depende para “ser”. Sin embargo, si ese odio se encuentra potenciado por las huellas tempranas del rechazo de los otros. Para la adolescente resulta difícil encontrar nuevas pieles para poder seguir siendo la mismo en los momentos de transformación. Por esto, la púber intenta expulsar de sí todas las marcas previas, pero así mismo se rechazan los propios aspectos. Entonces el adolescente se siente desconectado como si perdiera la idea de sí, también sienten que se desarman con el contacto erótico, así que, la irrupción de los deseos los deja a merced de otro, crea dependencia, que se puede confundir con un estado de fusión.

Janin (2012) menciona que el adolescente crea una forma de defensa de lo propio frente al terror que le provoca el sentirse dependiente del otro. Es por esto que los vínculos eróticos se tornan riesgosos y además el adolescente los vive como excesivos. También hay que tener en cuenta que en este momento existe un exceso de sexualización de los lazos, resultan riesgosos y, les deja desamparados frente al retorno de lo incestuoso reprimido, pero es imposible que el adolescente escape de ese retorno. Por esto, se sienten excesivamente dependientes de los otros para asegurar su equilibrio. Esto lleva a una sobre sexualización en las relaciones con los otros, que en plena reedición de la sexualidad infantil complica los vínculos. “Para muchos adolescentes la actualización de los deseos incestuosos se hace intolerable porque fallan tanto los modelos como las prohibiciones internas y un yo armado en un “como si” se resquebraja” (Janin, 2012, pág. 23). Entonces la dependencia con los otros se transforma en rechazo absoluto y en odio por no poder mantener autonomía. Esto les provoca pánico frente a los nuevos objetos, no puede abandonar a la madre, pero al mismo tiempo el adolescente se odia y odian a la madre por no poder separarse, llevándolos a realizar un movimiento expulsor de sus deseos. “Para enfrentar los deseos incestuosos deben arrasar con todo deseo, sentimiento, pensamiento. Lo que predomina es la expulsión de la representación del objeto, pero también del deseo mismo, lo que los lleva a sensaciones de vacío, de inexistencia” (Janin, 2012, pág. 24). Esto sucede porque el adolescente siente que el objeto es el causante del “exceso”. Es decir, se sienten atacados por el objeto y por esto reaccionan con estallidos de agresividad y violencia.

El placer de ser también nos remite a las primeras marcas, pero el placer de hacer, posibilitado por la historia de ese adolescente, habla a la vez de la importancia que tienen en ese momento de la vida, los logros reconocidos, ya no sólo por la familia, sino por el entorno social (Janin, 2012, pág. 23).

Estar seguro de sí resulta difícil para el adolescente, es una representación que se construye en la infancia, pero es inevitable que entre en crisis con la entrada a la adolescencia y por eso es importante que el medio brinde apoyo para lograr el despliegue de la pulsión, porque el empuje pulsional se vuelve atacante externo, que irrumpe desde afuera y no se puede metabolizar. En la pubertad normal, crea enriquecimiento psíquico que incrementa la vida fantasmática. Sin embargo, para algunos adolescentes provoca un ataque a los cimientos de la pulsión y se manifiesta a través de diferentes formas: cortes en el cuerpo, adicciones, anorexia, actuaciones violentas, entre otras. “Es claro como el adolescente vuelve a lo sensorial, al sentir, como privilegiado y como las inscripciones previas pueden facilitar o no determinados avatares” (Janin, 2012, pág. 24). Entonces, se le dificulta al adolescente transformar erotismo en ternura y así pasar al vínculo de predominio corporal a un vínculo de predominio verbal. Por tanto, impide la metabolización de las propias pulsiones. Es decir, las pulsiones se reactualizan al cobrar otra dimensión y las sensaciones reorganizan el mundo fantasmático, lo no tramitado reaparece como repetición abrumadora, a través de actuaciones que buscan escenificar lo que no fue elaborado, pero existe la posibilidad de que eso no traducido sea retomado y dándole un nuevo sentido. Las vivencias de la adolescencia le van dando forma y sentido, a algunas marcas de la infancia. En tanto se produzca transformaciones la adolescencia será un momento de reescritura y al mismo tiempo un momento clave en la composición de la historia propia.

Estos cambios, en los que pierde su identidad de niño, implican la búsqueda de una nueva identidad que se va construyendo en un plano consciente e inconsciente. El adolescente no quiere ser como determinados adultos, pero en cambio elige a otros como ideales (Aberastury & Knobel, 1988, pág. 111).

En este caso, el mundo interno construido a través de los imagos parentales será el puente por el cual elija y reciba los estímulos para su identidad, dicho mundo interno ocupa el mismo rol que tuvo “el equipo” (Spitz) en el momento de nacer; equipo que le permite afrontar el mundo y adaptarse con mayor o menor “felicidad”. El adolescente se va modificando lentamente y ninguna urgencia interna o externa protege esta labor, pues con la elaboración del duelo se exige tiempo para ser una verdadera elaboración y no tomar las características de una negación maníaca.

“La cría de hombre, a una edad en que se encuentra por poco tiempo, pero todavía un tiempo, superado en inteligencia instrumental por el chimpancé, reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo como tal” (Lacan, 1999-2009, pág. 99). Es decir, Lacan (1999/2009) explica que este acto, lejos de agotarse, como sucede en el mono. Una vez adquirido por el niño a partir de la inanidad de la imagen, rebota enseguida hacia él, en una serie de gestos y experimenta lúdicamente la relación de los movimientos asumidos de la imagen con su medio ambiente reflejado.

Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo imago. (Lacan, 1999-2009, pág. 100)

Por otro lado, Lacan (1955/2008) menciona que el yo es solo un objeto, que se percibe como unidad, que resulta en tensión porque de algún modo esta unidad no es homogénea a lo que sucede en la superficie del campo. La consciencia de lo físico es lo que genera tensión. Entonces, se menciona al estadio del espejo que se basa en la sensación experimentada como desconectada, discordante y fragmentada, que de esto siempre queda

algo y, la unidad se confunde y se junta. En esta unidad es donde el sujeto se reconoce por primera vez como unidad. Sin embargo, dicha unidad está alienada y virtual, no participa de la inercia de fenómeno de conciencia bajo su forma primitiva; por el contrario, existe una relación vital, o contra vital, con el sujeto. Lo fantasioso es esencial en el fenómeno de construcción del Yo. Esto solo ocurre en tanto adquiera unidad y diversidad incoherente, de la fragmentación primitiva.

Lacan (1999/2009) aclara el hecho en cuanto la imagen especular es asumida por el niño que está sumido todavía en la impotencia motriz y dependencia de la lactancia que es el “hombrecito” en este estadio infans. Es por esto que “el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto” (Lacan, 1999-2009, pág. 100). Es decir, que más bien se debería designar como yo-ideal, en el sentido de que será el enlace de las identificaciones secundarias. Por tanto, “esta forma sitúa la instancia del yo, aun desde antes de su determinación social, en una línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo” (Lacan, 1999-2009, pág. 100). Más bien, asintóticamente tocará el devenir del sujeto. Sin embargo el yo debe resolver su discordancia con su propia realidad por medio de la síntesis dialéctica.

Lacan (1956/2009) señala que el yo es el otro, porque al comienzo el sujeto está más cerca de la forma del otro que de la conformación de su propia tendencia. De hecho, en el origen él es una serie de incoherentes deseos e ideales del Otro, a esto se refiere el sentido de la expresión cuerpo fragmentado y, por tanto, la primera síntesis del ego es esencialmente alter ego, está alienada. “El sujeto humano deseante se constituye en torno a un centro que es el otro en tanto le brinda su unidad, y el primer abordaje que tiene del objeto es el objeto en cuanto objeto del deseo del otro” (Lacan, 1956-2009, pág. 61). Es a esto a lo que se

enfrenta el púber a la hora de hablar que en la adolescencia surge una reorganización en esta etapa del desarrollo.

Lacan (1955/2008) plantea que la construcción del objeto sería como una máquina que ha perfeccionado su unidad, mediante las experiencias anteriores, ya que en este sentido una máquina puede hacer experiencias. “El movimiento de cada máquina ésta condicionado así por la percepción de cierto estadio alcanzado por otra. Esto es lo que corresponde al elemento de fascinación” (Lacan, 1955-2008, pág. 83). Es decir, es un círculo que se establece, mediante la unidad de la primera máquina, mientras esté suspendida de la unidad de la otra, en la medida en que la otra le proporcione el modelo y la forma misma de su unidad, aquello a lo que se dirigirá la primera dependerá siempre de aquello hacia lo cual se dirija la otra.

Freud (1905/1992) menciona que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis, ya que en el culmina la sexualidad infantil, por su efecto influye crucialmente en la vida del adolescente y por ende en la vida sexual del adulto. Todo ser humano que nace debe atravesar el complejo de Edipo; el que no pueda resolverlo, cae en la neurosis. Además, emergen las inclinaciones infantiles con refuerzo somático, entre estas y la ley. La moción sexual del niño hacia sus progenitores, casi siempre diferenciados por la atracción del sexo opuesto: la del niño hacia su madre y la de la niña a su padre. “Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad” (Freud, 1905-1992, pág. 207).

Los procesos de identificación intervienen tanto en la constitución del yo, del superyó y del ideal del yo, como en la identidad del sujeto. El sentimiento de identidad es un elemento esencial de la vida psíquica y es una búsqueda permanente

del yo, que recibe su respuesta reflejada desde el otro y la realidad (Lafón, 2022, pág. 45).

La identidad se construye a través de los procesos de identificación, procesos que exponen al niño a la búsqueda que involucra más tarde la renuncia de los objetos, que en la primera época de su vida representaron soporte libidinal y narcisista. Es el vínculo con los objetos por el que el yo construye su propia historia. Por tanto, es como el sujeto se reconoce

Lafón (2022) explica que la identidad son los modos por los cuales el sujeto se constituye, teniendo estatuto tópico, posicionada del lado del Yo, y serían las representaciones que tejen dicha identidad, se caracteriza por la exclusión, por los elementos respecto a lo externo e interno del inconsciente. “Sus enlaces guardan energía, que no se descarga libremente. Y sus representaciones, harán de contrainvestimento de otras, dejándolas justamente, excluidas” (Lafón, 2022, pág. 46). Es decir, toda identificación se va armar a partir de los elementos que el adolescente ha tomado de lo paternal, primeras inscripciones, primeras ligazones, elementos que han metabolizado los adultos a cargo, y por lo tanto corresponden a un círculo más grande: lo social, cultural, histórico y político. Además, lo representacional, lo no representado, lo significativo, lo afectivo, todo esto quedaría en juego en la investidura de lo identitario. “Siendo la identidad un entramado, un entre armado, en el que no cesan de incrustarse elementos, la pensamos como teniendo siempre un costado móvil. A disposición de ser transformada, quedando abierta al cambio” (Lafón, 2022, pág. 46). Así como el adolescente se muestra dispuesto al cambio, también requiere de cierto armado más sólido que le de consistencia a pesar de los cambios, las transformaciones y los avatares.

Cernadas (2011) menciona que al adolescente muchas veces le suceden cosas que sus padres no saben, lo cual decretaría “muerte simbólica” que le permite crecer, separarse

de esa “madre arcaica” y, de esta manera formar su estructuración como sujeto autónomo en búsqueda de su propia identidad. Tanto las modificaciones corporales incontrolables como lo dominante que resulta del mundo externo, le exigen al adolescente nuevas guías de convivencia y son vividos al comienzo como una irrupción. En este sentido, lleva a tener como defensa, a retener muchos de los logros infantiles, pero también coexiste el placer y el deseo de alcanzar su nuevo status. Por tanto, lo conduce a un refugio en su mundo interno para reconectarse con el pasado y desde allí enfrentar el futuro.

3.2. La integración psíquica con relación al cutting

Kuras & May (2015) plantean que el adolescente se enfrenta a una cultura donde se propicia la acción como lenguaje, relega lo psíquico a un segundo plano. Entonces, se genera una “insuficiencia psíquica” que remite a la acción en busca de alivio. Por tanto, el cuerpo está marcado por la cultura como superficie de operación concreta, tangible de las búsquedas, que hacen a la adolescencia.

Con algún objeto cortante los adolescentes se bordean las venas de la muñeca, del antebrazo, de las piernas, profiriéndose un corte. Especulan y deciden su localización, extensión y profundidad. A veces fallan. Las determinaciones y sentidos de este síndrome descarnado y silencioso son múltiples y complejos (Kuras & May, 2015, pág. 2). Por esto, pareciera que el adolescente se enfrenta a un estado donde siempre están al límite donde bordean la “muerte”, y además deciden cómo y dónde se cortan, esto de alguna manera les hace sentir que están en control de su vida y psíquicamente siente que han vuelto a tener control de quienes son y cómo quieren ser.

Kuras & May (2015) explican que los adolescentes rastrillan, rascan cortan la superficie del cuerpo para marcarse a sí mismo y deja huellas. La piel es un envoltorio sensible y es el primer contacto con la madre, por ende, dicho contacto también queda

lastimado. Entonces, la piel se convierte en una pizarra donde se reescribe los intercambios sensuales que vienen desde la infancia, por tanto, se restituye la superficie libidinal. Es decir, en relación de estas experiencias iniciales, en la piel afectan tanto el amor y la ternura como la sobreexcitación y el trauma. “Sus destinos pueden ser diversos. Quedar silenciado, convertirse en el escenario de alguna afección psicósomática, soporte de tatuajes y de cortes” (Kuras & May, 2015, pág. 2). Más aún, cuando las pulsiones del adolescente se dialectizan con la redefinición de los vínculos existentes, esto pone en movimiento la historia libidinal y simbólica, reeditando las viejas carencias narcisistas, que a su vez no han libidinizado por completo los bordes del cuerpo. Por esto, cortarse la envoltura, que en este caso es la piel denota esta carencia.

Kuras & May (2015) mencionan que el placer autoerótico que produce el autolesionarse explicaría el efecto de apaciguar que está asociado y a la reiteración compulsiva del fenómeno, como calmante de la angustia, hacen que este acto se vuelva compulsivo. “El circuito de angustia y alivio en torno al acto de cortarse, queda marcado en la piel impidiendo su desmentida” (Kuras & May, 2015, pág. 3). De hecho, el efecto que produce el acto es de aprehensión porque se asocia inevitablemente al acto de cortarse las venas. Es decir, la piel lastimada crea la representación de rechazo y el alivio a su vez es transitorio, es por esto que el circuito es repetitivo. Frente a esto el adolescente toma una actitud de omnipotencia, muestra provocación y a su vez minimiza la exposición al riesgo. Entonces, el cutting se presenta como lenguaje de acción, pone en evidencia algo que el adolescente no puede y no quiere discutir por la vía de la palabra, los determinantes inconscientes son desconocidos. Sin embargo, el acto responde a una intención consciente, que además es predeterminada. “Va en busca de algo cuyos sentidos desconoce; un acto loco y desesperado, que se le impone con el que intenta evitar una angustia insoportable” (Kuras & May, 2015, pág. 3).

Anzieu (1998/2003) define al Yo-Piel como representación que utiliza el Yo infantil en las etapas del desarrollo para representarse a sí mismo como Yo que incluyen los contenidos psíquicos, a partir de las experiencias de la superficie del cuerpo. Además, la parte corporal es la primera manera de realidad consciente, ya que la madre usa el sentido del tacto para sostener al niño. Es decir, la madre sostiene al niño en brazos, lo estrecha con su cuerpo. “El infans adquiere la percepción de la piel como superficie por las experiencias de contacto de su cuerpo con el cuerpo de la madre y dentro del cuadro de una relación aseguradora de apego con ella” (Anzieu, 1998-2003, pág. 49). También, da lugar a límites entre lo externo e interno y surge la confianza necesaria para el control progresivo porque no puede haber confianza de su funcionamiento, sin que exista un sentimiento básico que garantice la integración de su envoltorio corporal. Es importante mencionar que la piel es la base de las sensaciones propioceptivas, que juega un papel significativo en el desarrollo del carácter y del pensamiento, paralelamente es un regulador en términos económicos (acumulación, desplazamiento y descarga de tensión).

Anzieu (1998/2003) explica que cuando el Yo corporal deja de ser reconocido por el sujeto como suyo, las sensaciones cutáneas y sexuales se siente ajenas y como si no se pudieran controlar. Por tanto, el yo corporal se vuelve maquinaciones de un seductor-perseguido, donde el adolescente quedaría ubicado como objeto frente al cutting. Entonces, “toda actividad psíquica se apoya en una función biológica. El Yo-piel encuentra su apoyo en las diversas funciones de la piel” (Anzieu, 1998-2003, pág. 51).

Anzieu (1998/2003) menciona que esta transición desde el estado de no integración al estado de integración que tiene relación con la contención materna. Señala que la piel es un *envoltorio psíquico* que le permite a la psiquis desarrollarse de formas más complejas. El Yo-Piel encuentra apoyo en las diversas funciones de la piel. La primera es la función propia

de una bolsa que contiene y retiene todo lo bueno acumulado por la lactancia y los cuidados. La segunda función es la de separación que marca el límite con el afuera y por tanto lo mantiene en el exterior, además que funge como barrera que protege de la penetración del afán y de la agresión ajenas. Por último, la tercera función: la piel al mismo tiempo que la boca, son medios de comunicación primarias con los demás, de este modo siendo una superficie de inscripción de las huellas que tienen que ver con las relaciones de las que se ha separado. Entonces, el Yo-Piel es un “envoltorio psíquico,” que resulta ser el contenedor somato-psíquico de lo que el niño experimenta con la función madre y por tanto el adolescente reorganiza.

Las funciones del Yo-piel son múltiples: holding o mantenimiento, continente de todas las experiencias, mantiene los límites entre dentro y fuera, protege de las agresiones externas, permite la comunicación con el exterior, es decir, de barrera protectora frente a elementos desorganizadores (Döll & Gálvez, 2013, pág. 26).

Döll & Gálvez (2013) explican que el Yo-piel es escenario de la intersensorialidad porque se encarga de la discriminación de las sensaciones de los sentidos y a su vez de la integración de dicha información, proporcionando así un sentido común. Por otra parte, el aparato psíquico estructurado y el paso a relaciones objetales, dependen de un Yo-piel suficiente en sus funciones. Es decir, el sentido de sí mismo y la identidad proceden de la asimilación estable de los objetos iniciales, de igual forma las capacidades de interiorización e introyección son procesos básicos del yo psíquico, y así mismo depende del desarrollo del Yo-piel. Entonces, la introyección de los objetos externos son incorporados al mundo interno de forma fantaseada completa, lo que permite al sujeto la capacidad de separarse del objeto. “Si sólo se puede interiorizar la carga relacional de forma pasajera, la única forma de evitar

la desorganización interna será la cercanía geográfica con el objeto real” (Döll & Gálvez, 2013, pág. 27).

Manca (2011) plantea que la piel es la superficie donde se coloca las experiencias de ser tocado, protegido, escuchado y alimentado y, al mismo tiempo, los sentimientos de seguridad, estabilidad y protección relacionados con tales experiencias. Por otro lado, el Yo no manifiesta la conducta “propia de la piel”, sino radica en la piel. Es decir, la piel tiene un origen epidérmico y “propioceptivo”, del mismo modo la piel en lo simbólico, nace y se desarrolla en el contacto de un cuerpo con Otro.

Cernadas (2011) menciona que el corte es el decir de un Yo desde la superficie (piel) que funciona como mediadora, esto le imposibilita al adolescente ser escuchado, le hace sentir atado por el discurso cerrado de un saber del Otro. Es decir, que el adolescente que se corta expresa que el lugar que se le asigna es el de la muerte subjetiva y, por lo tanto, no quiere asistir a su muerte, porque resultaría humillante y vergonzoso, entonces “se deja morir”. En fin, lo que en realidad quiere decir es “quiero morir a mi modo”.

CONCLUSIONES

La intención al elaborar esta investigación fue analizar la relación entre el significado del cuerpo y la práctica del cutting en la adolescencia. Para responder la pregunta ¿Por qué el o la adolescente decide autolesionarse cortándose su cuerpo? Primero hay que mencionar que el cuerpo es una forma de expresión de aquello que se deja ver en situaciones inconscientes por medio de la práctica del corte. Además, la piel es un lienzo, que representa el límite entre el mundo externo e interno, el cual permite proyectar las fantasías y elaborar aquello que se ha vivido en un momento significativo. Teniendo en cuenta esto entonces se puede decir que algunos adolescentes deciden cortarse porque la piel les regresa a lo primero a ese sostén que tenían cuando eran niños y que ahora lo han perdido. Para esto es importante mencionar a los distintos autores de los que se ha recogido información a lo largo de la investigación. Al hablar sobre identificar el sentido del cuerpo en la adolescencia, tenemos que:

Janin y Dolto concuerdan en que la adolescencia es una etapa de transformación y cambio, donde el adolescente experimenta una reescritura de su propia historia y la formación de nuevas imágenes de sí mismo y de los demás. Ambas teorías enfatizan la importancia de establecer identificaciones saludables y evitar el rechazo, permitiendo al adolescente aceptar su autenticidad sin negar partes de sí mismo. Sin embargo, Aberastury & Knobel agregan que, durante esta etapa, tanto los padres como el adolescente deben enfrentar un duelo por lo perdido. Los padres deben desprenderse de la imagen idealizada de su hijo niño y evolucionar hacia una relación con el hijo adulto, lo que implica renuncias por parte de ambos. La rebeldía del adolescente puede volverse dolorosa para los padres si no son conscientes de sus propios problemas frente al adolescente. Es importante comprender y apoyar a los adolescentes durante esta etapa de transición significativa,

reconociendo que el desprecio mostrado por el adolescente puede ser una defensa ante la depresión causada por el desprendimiento de su infancia. Sin embargo, muchas veces el dolor de los adolescentes es poco percibido por los adultos, lo que puede generar resentimiento y un refuerzo en la autoridad, dificultando aún más este proceso de transformación.

Blos y Aulagnier tienen perspectivas diferentes sobre la adolescencia. Blos ve la adolescencia como una oportunidad para resolver los conflictos infantiles y lograr una reestructuración funcional que enriquece el psiquismo a través de un Yo más complejo. Por otro lado, Aulagnier destaca que el estado adolescente busca posponer decisiones y cambios relacionados con la temporalidad, la sexualidad y la realidad, lo cual puede indicar la presencia de potencialidad psicótica y limitar las posibilidades del individuo. A diferencia de con los niños con quienes los adultos pueden suplir estas demandas, con los adolescentes resulta difícil. La separación de los objetos protectores de la infancia puede llevar a lazos incestuosos. En resumen, Blos ve la adolescencia como una oportunidad de reestructuración, mientras que Aulagnier resalta los desafíos y la necesidad de recursos internos y un contexto social sólido para enfrentarla.

Así, los diversos autores presentan perspectivas enriquecedoras sobre la adolescencia y destacan la importancia de esta etapa como un período de desarrollo y transformación. Janin resalta la oportunidad que representa la adolescencia para el desarrollo psíquico, enfatizando la importancia de establecer identificaciones saludables y construir nuevas formas de representación. Dolto destaca la vulnerabilidad y las crisis propias de la adolescencia, así como la necesidad de comprensión y apoyo por parte de los adultos y la sociedad. Blos subraya la reestructuración funcional y el enriquecimiento del psiquismo que ocurre en la adolescencia, mientras que Aberastury & Knobel señalan la importancia de que

tanto los padres como el adolescente atraviesen un proceso de duelo y renuncias para establecer una relación más ambivalente y realista. Aulagnier destaca la necesidad de contar con recursos internos, una historia representacional y un contexto social para enfrentar los desafíos de la adolescencia. En conjunto, estos enfoques nos invitan a comprender la complejidad de la adolescencia y la importancia de brindar apoyo a los adolescentes en su proceso de desarrollo.

Por otra parte, la investigación se centró en la conceptualización del sentido del cutting en la adolescencia, donde:

Lacan y Freud ofrecen perspectivas complementarias sobre la adolescencia. Lacan destaca la dificultad de inscribir simbólicamente los cambios somáticos y la sexualidad, afirmando que cada individuo debe encontrar su propia forma de representarla. Además, distingue entre el acting out, que es una forma de comunicación no verbal dirigida al Otro, y el pasaje al acto. Por otro lado, Freud enfoca la adolescencia en el encuentro con el objeto exogámico y la confrontación con la angustia de castración. Destaca el papel del Superyó y la importancia de la representación en la dinámica psíquica, así como la relación entre pulsiones, representación y angustia. Freud también aborda los fenómenos de identificación y pertenencia grupal. En resumen, sus perspectivas subrayan la complejidad de la adolescencia, la importancia de la representación simbólica y los desafíos emocionales que surgen durante esta etapa de desarrollo.

Manca y Angel abordan las autolesiones en la adolescencia desde perspectivas similares. Ambos destacan que estas conductas pueden surgir como una forma de enfrentar la angustia y expresar emociones intensas. Manca enfatiza que las autolesiones pueden ser una manera de apropiarse del cuerpo en términos psíquicos cuando hay dificultades en el proceso de desarrollo. Señala que las conductas autodestructivas cumplen funciones

personales, interpersonales y sociales, como externalizar el malestar, reforzar la imagen de uno mismo o buscar pertenencia en un grupo. Por su parte, Angel explora las autoincisiones como una expresión compleja y multifacética relacionada con la búsqueda de satisfacción, la compulsión de repetición y la necesidad de controlar el propio cuerpo. Ambos autores destacan la importancia de comprender estas conductas como señales de malestar y la necesidad de apoyo emocional y psicológico para los adolescentes.

En cuanto a Darguelongue, se centra en la angustia como experiencia tormentosa y la relación de las autoincisiones con su contrarresto. Destaca que las autolesiones buscan evitar la expansión de la angustia a través de un corte en el cuerpo, proporcionando alivio y liberación del afecto reprimido. También plantea que las autolesiones permiten al adolescente recuperar su posición como sujeto y encontrar reconocimiento en un contexto donde pueden sentirse despojados de su lugar. Darguelongue subraya la importancia del contexto familiar y las experiencias de abandono o indiferencia en la manifestación de estas conductas.

Los diversos autores: Sardar, Sujoy, Janin, Belçaguy, Aberastury y Knobel coinciden en que estas prácticas están relacionadas con la angustia y la búsqueda de una identidad propia. En este sentido, las autolesiones pueden ser percibidas como una forma de contrarrestar la angustia y recuperar el sentido de existencia en casos donde se experimenta un vacío o falta. Los cortes en la piel también pueden ser vistos como una manera de establecer límites en un cuerpo que el adolescente percibe como desdibujado y extraño. Además, los cortes pueden ser considerados como una forma de identificación y pertenencia a un grupo. Los autores resaltan que la adolescencia es una etapa de cambios y crisis constantes, donde los adolescentes enfrentan dificultades para comunicarse y expresar sus emociones, lo que contribuye a la manifestación de las autolesiones como una forma de

búsqueda de reconocimiento y liberación emocional. En resumen, las autolesiones en la adolescencia son una respuesta a la angustia y la búsqueda de una identidad propia, donde los cortes en el cuerpo funcionan como una forma de expresión, localización de la angustia y establecimiento de límites.

Recapitulando, los diferentes autores presentados ofrecen diversas perspectivas sobre las autolesiones en la adolescencia. Se destaca que estas prácticas pueden cumplir funciones psíquicas, como la búsqueda de alivio, la expresión de emociones intensas, la construcción de identidad y pertenencia grupal, y la comunicación de malestar y necesidades emocionales. En este sentido es importante mencionar que sucede en ciertos casos donde el o la adolescente no siente ese sostén por parte de sus cuidadores. También se señala que las autolesiones pueden surgir como respuesta a la angustia, la falta de reconocimiento y la confrontación con los cambios físicos y psíquicos propios de la adolescencia. Estos actos autolesivos pueden representar una forma de apropiarse del propio cuerpo, buscar control y expresar desafío o independencia emocional. Además, se resalta la importancia de comprender las autolesiones como señales de malestar y necesidad de apoyo emocional y psicológico por parte de los adolescentes. En conjunto, estos enfoques nos invitan a reflexionar sobre la complejidad de las autolesiones en la adolescencia.

Por último, la investigación busca explicar el concepto de integración psíquica en la adolescencia, para esto:

Lacan y Freud abordan aspectos fundamentales del desarrollo psicológico y la construcción del yo en relación con el otro y la sexualidad. Para Lacan, el yo se forma a través de la fragmentación primitiva y la identificación con el otro, mientras que, para Freud, el complejo de Edipo marca el final de la sexualidad infantil y tiene un impacto crucial en la vida del adolescente y en la vida sexual del adulto. Ambos autores reconocen la importancia

de estas etapas en la formación del individuo y su desarrollo psíquico, aunque difieren en los conceptos y enfoques específicos. Lacan resalta la alienación y la tensión entre el yo y el otro, mientras que Freud enfoca en la resolución del complejo de Edipo como un logro psíquico fundamental. Ambos planteamientos enfatizan la relevancia de estas etapas en la vida del individuo y su influencia en su desarrollo posterior.

Janin, Aberastury & Knobel y Lafón coinciden en que la adolescencia es una etapa de reorganización, búsqueda de identidad y transformación. Janin destaca la importancia de las inscripciones psíquicas y las identificaciones primordiales en esta etapa, mientras que Aberastury & Knobel resaltan la pérdida de la identidad infantil y la construcción de una nueva identidad consciente e inconsciente. Por su parte, Lafón subraya que la identidad se forma a través de los procesos de identificación y las representaciones que el adolescente ha tomado de los adultos a cargo. Todos coinciden en que la adolescencia implica cambios profundos y la necesidad de establecer una nueva identidad, pero también requiere apoyo y tiempo para llevar a cabo el duelo y lograr una verdadera elaboración. Además, reconocen que la identidad es un proceso dinámico y flexible, que busca mantener una coherencia interna a pesar de los desafíos y transformaciones que se presenten. En conjunto, estas teorías subrayan la complejidad y la importancia de la adolescencia como una etapa de desarrollo crucial en la vida de un individuo.

Aulagnier y Cernadas presentan perspectivas complementarias sobre la formación del yo y la construcción de la identidad en la adolescencia. Aulagnier destaca la importancia de los principios de permanencia y cambio en la estructuración del sujeto. El yo se conecta con una continuidad histórica y temporal a través de identificaciones previas, lo cual le permite cambiar sin perder su identidad. Sin embargo, el predominio del pictograma de rechazo puede generar conflicto y miedo ante los deseos, llevando al adolescente a encerrarse

en un vacío de no expresión. Por otro lado, Cernadas enfatiza la necesidad de una "muerte simbólica" para separarse de los padres y construir una identidad propia. Las transformaciones corporales y las demandas del mundo externo generan una irrupción en la vida del adolescente, quien busca refugio en su mundo interno. El acto de cortarse se interpreta como una forma de comunicación y una búsqueda de autonomía y expresión propias. En conjunto, estas perspectivas subrayan la complejidad y los desafíos que enfrenta el adolescente en su búsqueda de identidad y autonomía.

Kuras & May plantean que el acto de cortarse en la adolescencia se convierte en una búsqueda de alivio y control frente a una cultura que privilegia la acción sobre lo psíquico. El corte en la piel proporciona una sensación de control y permite recuperar un sentido de identidad y autonomía psíquica. Por otro lado, Anzieu destaca el concepto de Yo-Piel, donde la piel cumple funciones importantes en el desarrollo psíquico, como contener y retener experiencias positivas, establecer límites con el exterior y servir como medio de comunicación. El Yo-Piel se presenta como un "envoltorio psíquico" que contribuye a la organización del psiquismo. Döll & Gálvez añaden que el Yo-Piel desempeña múltiples funciones, como sostener las experiencias, establecer límites, proteger contra agresiones externas y permitir la comunicación con el entorno. El desarrollo adecuado del Yo-Piel es crucial para la estructuración del aparato psíquico. Por su parte, Manca resalta que la piel tiene un papel fundamental tanto en la experiencia somática como en la construcción simbólica del Yo, siendo el lugar donde se encuentran los sentimientos de seguridad y protección. En conjunto, estas perspectivas subrayan la importancia de la piel en el desarrollo psíquico y su relación con la búsqueda de control, identidad y autonomía en la adolescencia.

En síntesis, Lacan y Freud brindan perspectivas valiosas sobre el desarrollo psicológico y la construcción del yo en relación con el otro y la sexualidad. Aunque difieren

en sus enfoques y conceptos específicos, ambos reconocen la importancia de etapas cruciales, como la identificación con el otro y el complejo de Edipo, en la formación del individuo. Por otro lado, las teorías de Janin, Aberastury & Knobel, Lafón, Aulagnier y Cernadas resaltan la complejidad y la importancia de la adolescencia como una etapa de reorganización, búsqueda de identidad y transformación. Estas perspectivas subrayan la necesidad de apoyo y tiempo para que los adolescentes elaboren sus cambios y duelos, así como la importancia de la piel y el concepto de Yo-Piel en el desarrollo psíquico y la búsqueda de identidad y autonomía. En conjunto, estas teorías nos brindan una comprensión más completa del proceso de desarrollo en la adolescencia y la formación del individuo.

En conclusión, la investigación realizada sobre el análisis de la relación entre el significado del cuerpo y la práctica del cutting en la adolescencia, revela la complejidad y la importancia de esta etapa de desarrollo en la vida de los jóvenes. La adolescencia es un momento crucial para el desarrollo psíquico y emocional, donde los individuos experimentan transformaciones profundas en su identidad, su relación con su cuerpo y su posición en el mundo. Es fundamental reconocer la vulnerabilidad y las crisis propias de esta etapa, así como la importancia de contar con recursos internos, una historia representacional y un contexto social adecuado para afrontar los desafíos de la adolescencia de manera saludable y constructiva.

En resumen, los diferentes enfoques presentados nos invitan a reflexionar sobre la complejidad de las autolesiones en la adolescencia y la importancia de abordarlas de manera integral. Estas prácticas pueden cumplir diversas funciones psíquicas y representar una forma de comunicación no verbal dirigida hacia el Otro. Comprender las autolesiones como señales de malestar emocional. Además, se resalta la importancia de considerar los aspectos psíquicos, contextuales y emocionales de los adolescentes al abordar las autolesiones.

RECOMENDACIONES

Para los padres: es importante que renuncien a su propia adolescencia, ya que la adolescencia de sus hijos no será igual. Esto facilitará el establecimiento de un vínculo seguro con su hijo y también escuchar las demandas de su hijo, pero al mismo tiempo permitirá que ejerzan la función de poner reglas. Así, no pierden su lugar de padres, es decir no toman un lugar pasivo frente al adolescente. Retomando la renuncia anterior, esta no implica olvidar si no tener presente que esta etapa de desarrollo está ligada a vulnerabilidades y crisis.

La posición del psicólogo clínico frente a los adolescentes que presentan autolesiones requiere de una perspectiva amplia que aborde tanto los aspectos psíquicos como el contexto social, económico y cultural. Ante la dificultad clínica del tratamiento de esta problemática cobra relevancia el cuidado del establecimiento del rapport, del vínculo transferencial en la construcción del espacio de psicoterapia. Es a partir de esta mirada amplia y la construcción del vínculo que el psicólogo puede escuchar lo que el paciente trae para ubicar qué función cumple la autolesión para el adolescente. En esta investigación se encontró que las autolesiones cumplen diferentes funciones psíquicas, como búsqueda de alivio, expresión de emociones intensas, construcción de identidad, pertenencia grupal, y comunicación de malestar. Es importante reconocer que las autolesiones pueden surgir como respuesta a la angustia, la falta de reconocimiento y la confrontación con los cambios físicos y psíquicos propios de la adolescencia. Estos actos autolesivos pueden representar una forma de apropiarse de su cuerpo, una expresión de desafío, una búsqueda de control e independencia emocional. Sin embargo, hay que comprender las autolesiones como señales de malestar, expresión de conflicto y así escuchar la demanda de atención psicológica por parte de los

adolescentes. También, se debe trabajar de manera interdisciplinaria en algunos casos en los que la valoración de un solo profesional no es suficiente.

Ya que como se ha visto a lo largo de la investigación la adolescencia es un momento de cambios al que el adolescente se enfrenta, vale la pena recordarles que existen espacios de atención psicológica y que pueden acudir a ellos para construir y descubrir su autonomía como sujetos. Es propio de esta etapa sentirse confundido, porque la construcción de la identidad se da por la relación con los otros, lo que para el adolescente resulta conflictivo. Además, la sexualidad juega un papel en la formación de la identidad, ya que es aquí donde el adolescente construye su identidad sexual. De este modo la adolescencia se vuelve compleja, ya que el adolescente se enfrenta a reorganizar y a transformar su identidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Aberastury & Knobel, A. M. (1988). *La adolescencia normal un enfoque psicoanalítico*. Iberica: Paidós.
- Angel, C. (2014). *Cortes a flor de piel: una aproximación psicoanalítica a la conducta de la autoincisión en la adolescencia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Anzieu, D. (1985-2003). *La auto-piel*. Paris: Bordas.
- Anzieu, D. (1998-2003). *El Yo-piel*. Paris: Bordas.
- Aulagnier, P. (1975-2007). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1984-2003). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Belçaguy, M. (2012). *Adolescentes que se autolesionan ¿Tramitación de la angustia? ”*. En Barrionuevo J. *La angustia en la clínica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Blos, P. (1971). *Psicoanálisis de la adolescencia*. Joaquín Mortiz.
- Blos, P. (1972). *La epigénesis de la neurosis adulta*. En L. Grinberg (Ed.), *Prácticas psicoanalíticas comparadas en niños y adolescentes*. Paidós.
- Blos, P. (1981). *La transición adolescente*. Asappia.
- Blos, P. (1993). *Los comienzos de la adolescencia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cernadas, J. (2011). *Capítulo II. Verito, o una adolescente en busca de su identidad* En B. Janin & E. kahansky (Ed.) *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes*. Buenos Aires: Centro de publicaciones educativas y material didáctico.
- Darguelongue, J. (2012). *El sujeto y los cortes en el cuerpo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Döll & Gálvez, A. (2013). La piel como camino al pensamiento. *Átopos*, 24-34.
- Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Barcelona: Sfix Barral.
- Faimberg, H. (s.f.). *El telescopaje de generaciones: la genealogía de ciertas identificaciones*. París: Rue Buffon.

- Freud, S. (1905-1992). *Tres ensayos de teoría sexual*". En *Obras Completas. Vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En S. Freud. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920-1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*". En *obras completas. Vol. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*". En *obras completas. Vol. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia, Obras Completas Volumen XX*. Buenos Aires : Amorrortu.
- Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.
- Hachet, P. (1997). *Criptas y fantasmas en toxicomanía. En el psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Buenos Aires : Amorrortu.
- Hartmann, A. (2000). *Adolescencia: una ocasión para el psicoanálisis*. Madrid: Miño y Dávila editores.
- Janin, B. (Marzo de 2011). *Los adolescentes, riesgos y aperturas posibles*. Obtenido de <https://beatrizjanin.com.ar/mis-articulos/adolescentes-en-riesgo.pdf>
- Janin, B. (2011). *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes compilado por Beatriz Janín y Elsa Kahansky*. Buenos Aires: Centro de publicaciones educativas y material didáctico.
- Janin, B. (2012). *Inscripciones psíquicas primordiales escrituras y reescrituras*. UCES y APBA .
- Janin, B. (2013). Los adolescentes y los estigmas. *Ruedes*, 15.
- Junta de beneficencia. (Febrero de 2016). Obtenido de <https://www.juntadebeneficencia.org.ec/prensa/boletines-de-prensa/2912-decada-10-jovenes-ingresados-en-el-instituto-de-neurociencias-5-presentansindrome-de-cutting>
- Klein, A. (29 de Noviembre de 2020). Concepción de la adolescencia en Peter Blos. *RevPsi*, 12.

- Kuras & May, S. (2015). Cortarse solo: Acerca de las autolesiones en la piel. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, 1-6.
- Lacan, J. (1955-2008). *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-2009). *Libro 3 : las psicosis* . Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962). *Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962). *Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966-1967). *Seminario 14: La lógica del fantasma*.
- Lacan, J. (1974). *El despertar de la primavera*. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1974-2008). *El despertar de la primavera*. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1999-2009). *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Lafón, E. (2022). Adolescencia y tránsito identitario. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, 43-53.
- Manca, M. (2011). *Agresiones al cuerpo en la adolescencia*. Roma: Sirpidi.
- Nasio, J. D. (2010). *¿Cómo actuar con un adolescente difícil?* Buenos Aires: Paidós.
- Palacios, X. (2019). Adolescencia: ¿una etapa problemática del desarrollo humano? *Ciencia de la salud*.
- Sardar, B. D. (2020). Corte: Una nueva epidemia autolesiones en la adolescencia. *Revista Universitaria de psicoanálisis*, 109-115.
- Sujoy, O. (2011). *Capítulo VII. Los cuerpos marcados. Transformaciones en la subjetividad* En B. Janin & E. kahansky (Ed.) *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes*. Buenos Aires: Centro de Publicaciones educativas y material didáctico.

Tizio, H. (Abril de 2009). *Saber Leer, aprende a leer*. Obtenido de <https://www.scielo.br/j/edur/a/wf6jm9KdJvkcBxGYVQC4L5d/?lang=es&format=pdf>

Winnicott, D. (1975). *Dalla pediatria alla psicoanalisi*. Firenze: Psycho Martinelli.